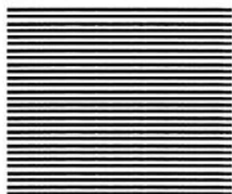
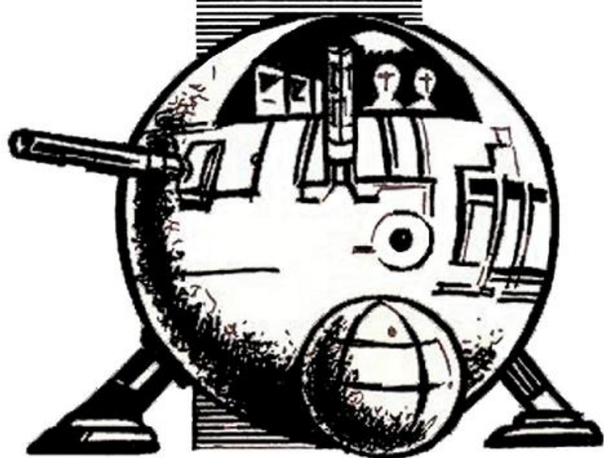

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
PLANETA INVISIBLE
LUCKY MARTY
SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

LUCKY MARTY

PLANETA INVISIBLE

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 101
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (6)

ISBN 84—85626—56 7
Depósito legal: B. 369 — 1982

Impreso en España — Printed in Spain

1ª. edición: marzo 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

96— La huella del invasor, Rocco Sarto.

97— La amenaza de E.R. W., Elliot Dooley.

98— El asteroide de Kassandra. A. Thorkent.

99— ¿Dónde está la Tierra?. Joseph Berna.

100 — El asesino que llegó del cosmos, Law Space.

«La mayoría de los hombres que no saben lo que hacer en esta vida, quieren otra que no termine nunca.»

ANATOLE FRANCE

CAPITULO PRIMERO

Ian Frasser, ayudante de psiquiatría y psicología, adscrito al Gabinete de Investigación de la policía de Nueva York, al leer la reseña periodística, sintió formársele un nudo en la garganta.

«Ha muerto John Hendry: el prestigioso paleontólogo sufrió un colapso cardíaco mientras dormía en su mansión de News Heaven.»

Ian Frasser había estado hablando la víspera con aquel sabio profesor, cuya repentina defunción ahora anunciaban los periódicos.

Entre otras muchas cosas, durante la amistosa charla, el paleontólogo le había dicho:

—Ya me ves, Ian. Puedes examinarme, si quieres. Tú eres médico.

—¿Y a qué viene eso, profesor? —le había respondido.

—A que no encontrarás ni un solo defecto en mi organismo. Tengo ya sesenta años, pero estoy fuerte, ágil y sano. Y, pese a todo... ¡Sé que voy a morir muy pronto!

—Está usted diciendo tonterías, profesor —había sido la respuesta de él—. Me temo que aún tendré que soportarle muchos años. Como no sea por un accidente de tráfico, o por tomar alimentos intoxicados, en alguno de los lugares a los que viaje con tanta frecuencia, usted me enterrará a mí, amigo.

—Sé lo que digo, querido Ian. Mi muerte parecerá natural, pero no será así.

—¿A qué diablos se está usted refiriendo, profesor?

—Otros, como yo, han caído igual. Unos mueren de «accidente», otros por «enfermedades» repentinas. Y hasta los ha habido que, como Samuel Egel, simplemente han desaparecido sin dejar rastro.

Ian Frasser recordaba perfectamente que el profesor John Hendry había hecho una larga pausa, antes de añadir:

—Por eso te he llamado, Ian. Tú puedes hacer algo por mí.

—Sabe que estoy a su entera disposición, profesor Hendry. Cuente conmigo incondicionalmente.

—Gracias, Ian. Me bastará con que consigas interesar a tus jefes en mi discutida teoría de las civilizaciones anteriores.

Al oír aquello en labios del famoso paleontólogo, Ian Frasser

también recordaba que su respuesta fue:

—¡Por Dios, profesor! Ya hemos discutido eso suficiente número de veces. Tiene usted que hacerse cargo, mi querido amigo: la policía no está para investigar todas esas cosas, que corresponden solamente al mundo científico. Nosotros perseguimos a hombres de carne y hueso, no a espectros del pasado.

—No se trata de que detengáis a nadie, Ian. Sé que eso es imposible. Pero tenéis medios para realizar una investigación completa, basada en nuestros estudios y descubrimientos.

—¿Una investigación, sobre qué, profesor?

—¿Y si yo os facilito las pruebas? Tengo material suficiente para quitar la venda de los ojos a más de un incrédulo. ¡Pero necesito apoyo oficial, Ian! Pruebas científicas para que alguien me crea.

—Cálmese y recuerde, profesor. Su teoría fue rechazada por la Academia de Ciencias.

—¡Lo sé, Ian! Pero te digo que esos viejos clásicos están emperrados en no ver más allá de sus chatas narices. Si me ayudas tendrán que volver a escucharme.

Con su nerviosismo y optimismo habitual, el paleontólogo John Hendry había seguido argumentando:

—Hoy mismo, con el material que he traído de México, voy a redactar un informe que tú mismo vas a ser el primero en leer.

—¿Dónde dice que ha estado esta vez, profesor? ¿En qué parte de México?

—En Palenque. ¿Has oído hablar del viejo templo de Chicén Itza? ¿No? ¡Pues allí he podido empezar a descifrar unas viejas inscripciones, de puro estilo caldeo, que demuestran indiscutiblemente la existencia de civilizaciones anteriores a todas las hasta ahora conocidas y catalogadas en la Historia…

El profesor John Hendry había mostrado al sorprendido Ian Frasser unas tablillas de barro cocido, que desenvolvió cuidadosamente de su papel de seda, una vez las sacó de la caja fuerte que tenía en su gabinete de trabajo.

—¡Helo aquí! —había exclamado—. ¡Uno de los eslabones perdidos de la Prehistoria, querido Ian!

Ian Frasser había tenido aquellas antiquísimas tablillas entre sus manos. No fue capaz de leer ni descifrar nada, desde luego. Carecía de los grandes conocimientos criptógrafos de su viejo amigo, que se

puso a anunciarle:

—Me voy a poner a trabajar inmediatamente. Y cuando lean esto, querido Ian... ¡Tendrán que aceptar la verdad, por increíble que les parezca! ¡Esto es irrefutable!

—Pero... ¿qué es lo que dice ahí, profesor?

—Habla de un planeta.

—¿De alguno de los planetas de nuestro sistema solar?

—No, Ian, no... No se refiere a Marte, ni a Júpiter, ni a Urano ni a ninguno de nuestro sistema.

—¿Entonces...?

—Habla de un planeta distinto...

—¿De cuál, profesor?

—¡De un planeta invisible!

—¿Un planeta invisible? —había repetido Ian Frasser, con la consiguiente incredulidad en su voz.

—Sí, Ian, sí... En estas tablillas nos dicen dónde está situado. De él partían naves espaciales con destino a lejanos mundos, incluso los situados más allá del Sol, en otras galaxias. Y con estos datos nosotros llegaremos a encontrar las pruebas de que realmente existieron civilizaciones en la Tierra que...

—¡Pare, pare, profesor! Aunque me gustaría que eso fuese cierto.

—¡Lo es, Ian! ¡Las pruebas las tengo aquí!

* * *

Pero ahora, el profesor John Hendry estaba muerto.

Nada de lo que había dicho que iba a demostrar al mundo podría ser.

Tan sólo se supo que estuvo trabajando hasta muy tarde en su gabinete, escribiendo después de haberse marchado su joven amigo Ian Frasser. Su criado chino Liu Ching, le había oído gritar pasada la medianoche; pero cuando acudió a su lado lo encontró tendido sobre la mesa con el rostro desencajado.

Fue el criado chino el que avisó al médico y a la policía. Pero el forense certificó defunción por muerte natural.

Fallo cardíaco.

Y en la caja fuerte del profesor Hendry no aparecieron las misteriosas tablillas que Ian Frasser llegó a tener entre sus manos,

así como tampoco las cuartillas en las que había estado trabajando durante varias horas.

De todas estas investigaciones se encargó personalmente Ian Frasser, acompañado de un joven detective llamado Walter Breman, con el que registró la mansión del famoso paleontólogo.

Una semana después, el teniente Walter Breman entraba en el despacho de Ian Frasser, sentándose en una de las butacas con aire fatigado. Y tras examinar unas notas que sacó del bolsillo se puso a informar:

—Nada anormal, Ian: El Instituto Anatómico Forense confirma el primer informe: ataque cardíaco. ¡Y no salen de ahí, chico!

—Bien, pero ¿causas?

—¡Ah, las ignoran! Pero tú sabes que esos ataques fulminantes al corazón son frecuentes en nuestra agitada sociedad, Ian.

—El profesor Hendry siempre fue un hombre muy fuerte. Precisamente me estuvo hablando de lo bien que se encontraba, unas horas antes de su muerte. Su corazón resistía lo indecible, Walter.

—Pues hay algo más, Ian. ¡Nadie entró en su casa! ¿Queda esto claro, amigo? ¡*Nadie!* He tenido a todo un equipo trabajando allí toda la semana. Y conozco a mis hombres: trabajan bien y a conciencia.

—Resumiendo, Walter.

—La caja fuerte no fue forzada, ni abierta tan siquiera. Ninguna puerta o ventana reventada. Todo estaba cerrado. El chinito Liu Ching no miente, porque le hemos sometido a la prueba del detector.

—Sigue, Walter.

—En el laboratorio de física han estudiado la cinta de la máquina del profesor Hendry. ¡Y nada se ha escrito en ella!

—¡Pero él estuvo escribiendo! ¡Me lo dijo él mismo! Y hasta lo confirmó el criado.

Walter Breman sacudió la cabeza al informar:

—El chino dice que el profesor estaba en su gabinete de trabajo, pero no asegura que escribiendo a máquina. El no oyó teclear la Royal. No faltan cuartillas en blanco del paquete que tenía por empezar.

Al observar al amigo Walter Breman insistió, ante su silencio:

—Así es que nada, Ian. ¿Y sabes lo que es nada? Pues ante eso yo me rindo.

—Comprendo tu decepción, Walter. ¡Es desesperante! Pero el profesor Hendry me anunció que iba a morir, como tantos otros de sus colegas que han tratado de demostrar la teoría de las civilizaciones anteriores a...

—Por favor, Ian. ¡No me vengas tú también con eso!

—Te digo que el profesor Hendry debió descubrir algo importante. No hace mucho regresó de México, me llamó para hablarme de eso y creo que debió llamar a alguien más. ¿Se ha comprobado eso, Walter? ¿Algún colega, conocido o persona relacionada con la arqueología?

—No llamó a nadie, excepto a ti... Y si tú has matado por algún procedimiento misterioso a tu amigo el profesor Hendry, no creo que me hayas hecho ir de cabeza toda la semana... ¡para demostrar tu inocencia!

—Bien, bien, Walter —sonrió Ian Frasser—. Si has llegado a pensar eso, es que has apurado todas las hipótesis.

—¡Todas! Familiares, amigos, relaciones profesionales... Lo hemos tocado todo y el resultado ya lo ves. ¡Hemos perdido el tiempo!

—¡Un momento! ¿Y las tablillas, Walter?

—¿Qué tablillas?

—Las que te dije que me mostró el profesor. ¡Yo las tuve en mis manos!

—También lo siento, Ian. Nadie pudo sacarlas de la caja fuerte, excepto el mismo profesor. Y en ella, desde luego, no están.

—Pues hay que investigar esa desaparición.

—¿Empleando otra semana más?

—Veamos, Walter. ¿Qué valor tiene mi testimonio?

El teniente Walter Breman se rascó la cabeza antes de decir:

—¿Quieres someterte al detector, Ian? Particularmente... ¡Yo te creo!

—¡Es que las vi! Según el profesor, hablaban de un planeta extraño.

—¿Extraño? —repitió el policía como un eco.

—¡Sí! De un planeta invisible.

—Por favor, Ian. ¡Cuentos de brujas no, amigo!

—Eso según me dijo él.

—¿Y qué? ¿Vas a divulgar que ha desaparecido el objeto hallado en el templo de Chicén Itzá, y que ésa es la causa de la muerte del profesor John Hendry?

—¿Lo debemos hacer, Walter?

—¿Y quién va a creerte, si no hay modo de demostrarlo?

En aquel instante, el visófono de Ian Frasser sonó sobre su mesa de despacho. El rostro de su joven secretaria apareció en la pequeña pantalla anunciándole la llamada. El psicólogo solicitó del policía amigo:

—Perdona, Walter: es sólo un momento —y puesta la intercomunicación anunció—: Aquí Ian Frasser.

Walter Breman percibió que el rostro del ayudante del gabinete de investigaciones psíquicas y psicológicas de la policía de Nueva York se distendía de modo extraño, como deformándose, palideciendo y abriendo mucho sus ojos de modo increíble.

Y de pronto, cuando Walter Breman se abalanzó hacia el amigo para sostenerle, Ian Frasser sufrió una fuerte contracción violenta, dejó escapar de su mano el auricular y cayó de costado, derribando la silla.

Ian Frasser quedó sobre el suelo, con la boca y los ojos muy abiertos.

Estaba muerto.

CAPITULO II

La primera reacción de Walter Breman fue tomar el auricular y ponerse a inquirir:

—¡Diga! ¡Hablen! ¡No cuelgue, por amor de Dios!

Y al instante añadió:

—¿Qué ha ocurrido? ¡James, James! ¡Retén esa línea!

Fue entonces cuando Walter Breman creyó escuchar algo así como un silbido apagándose, extraño y misterioso, que le hizo soltar el auricular bruscamente.

En el acto, el joven policía abandonó aquel despacho dando fuertes gritos:

—¡Por favor, avisen a un médico! ¡Que venga el doctor Taylor en seguida!

En el revuelo que se armó dentro del gabinete, donde acudieron numerosos agentes y oficiales de la policía, Walter Breman se dirigió a la oficina de acceso, en la que había una campana de agua. Tomó un vaso de plástico, lo llenó y bebió un trago. Luego, se encaminó al Departamento de Homicidios, para llegar directamente al despacho del capitán Sidney Gargill, entrando sin llamar.

El hombre de cierta edad que estaba dictando una carta a su secretaria se quedó como estupefacto al verle e indagó:

—¿Qué significa esto, Breman?

—Perdone, señor. ¡Han matado a Ian Frasser, delante de mis ojos!

—¿Có… cómo dice?

—¡Y por teléfono, señor!

El capitán Sidney Gargill brincó, palideciendo su secretaria al mismo tiempo.

—¿Qué diablos está diciendo, Breman?

—Le ruego que me escuche, capitán. Tal vez el siguiente sea yo, o usted mismo. ¡Es algo increíble! ¡Yo escuché el silbido! Se me pone la piel de gallina cada vez que lo recuerdo.

—¿Qué le pasa, Breman? ¿Quiere dejar de decir sandeces?

—Perdone, pero… Ian Frasser estaba detrás de su mesa, como usted; hablábamos sobre la muerte del profesor John Hendry: de pronto sonó el visófono, lo descolgó y… Sólo acertó a decir: «Sí, aquí Ian Frasser.»

—¡Siga!

—Entonces se le demudó el rostro. Cambió totalmente de color, señor. Jamás he visto una mueca semejante en nadie. Ni siquiera cuando en mi viaje a Marte... Bueno; el caso es que Ian soltó el auricular y se desplomó. ¡Muerto, capitán!

—¿Muerto?

—Nadie le tocó, señor. La muerte le llegó por el visófono en forma de un silbido horrible. Yo tomé el auricular y alcancé a oírlo.

Como el que está viendo visiones, el capitán Sidney Gargill se pasó la mano por la cara. Luego, más calmado pulsó un conmutador del interfono:

—¿Centralita? ¿Quién controlaba las llamadas del exterior?

—Está Custer, señor. Hace poco he hablado con él. Le pregunté si había algún recado para mí... Creo que le hablaron desde el despacho de Ian Frasser, pidiéndole que retuviera esta línea.

—Bien, bien... Hay que localizar el aparato desde el que se ha efectuado esa llamada. ¡Vaya usted mismo, Breman!

Walter Breman no se movió. Parecía muy nervioso al decir:

—Por favor, señor; envíe usted a otro. Quiero informarle de todo. Presiento que algo terrible está ocurriendo y deseo dejar una grabación de todo lo que sé.

El capitán Sidney Gargill se dejó caer sobre el asiento, al tiempo de mirar a su joven secretaria al decir:

—Que el teniente Tippi se encargue de investigar la muerte de Ian Frasser. Que vaya alguien a localizar el origen de esa llamada... Siéntese, Breman. —Pulsó un conmutador y añadió—: Hable, se lo ruego, ya está funcionando la grabadora.

* * *

—Mi padre, más que un arqueólogo, era un filósofo —dijo Silvie Hendry, arreglándose el cuello de la blusa color malva, y que realzaba maravillosamente su busto escultórico.

El teniente Walter Breman había sentido ganas de silbar al ver a la fascinante joven rubia ante sí, cuando se le abrió poco antes la puerta. Pero se había contenido, aunque sus ojos golosos no dejaron de admirar el cuerpo femenino, tan armonioso como sugestivo.

Y es que Silvie Hendry era una de esas muchachas modernas, de

aspecto sano y tan bello como esas mujeres que solían aparecer en la televisión, previamente seleccionadas entre un millón de mujeres.

Y además, el policía pronto se convenció de que la muchacha tenía una personalidad muy acusada y con ideas propias, cuando la escuchó decir:

—La verdad, teniente; no acabo de comprender lo de su fallo cardíaco. Mi padre siempre fue un hombre muy fuerte: un deportista auténtico.

—Créame que lo siento, señorita Hendry.

—Silvie —rectificó ella al instante—. Puede llamarme así, teniente.

—Mi nombre es Walter —informó él a su vez.

—Mi padre fue de los doce firmantes del manifiesto que la Academia de Ciencias rechazó, y en el que se solidarizaba con la teoría del profesor Sean Chaplim, sobre eso de las civilizaciones anteriores.

—Lo recuerdo, pero... ¿cree usted en eso, Silvie?

—¡Por supuesto, teniente!

—Sí... Y lamenté su muerte.

—¿Cómo le conoció?

—Vino algunas veces a casa. Fue muy amigo de mi padre.

—Supongo que para tratar de sus problemas científicos, ¿no?

—Sí... a veces, se pasan horas y horas hablando. Cuando Sean Chaplim desapareció en una expedición arqueológica en Brasil, mi padre lo sintió mucho. De esto hará unos nueve meses y ahora...

—¿Cree usted que el profesor Sean Chaplim aún vive?

—No —dijo la muchacha rotundamente.

—¿Por qué está usted tan segura? El cadáver de Sean Chaplim nunca se encontró.

—Pero mi padre conocía toda la verdad.

—¿A qué verdad se refiere, Silvie?

—A eso de las civilizaciones anteriores. Cuando su amigo Sean Chaplim partió para esa expedición en Brasil, mi padre presintió su muerte.

—Por lo visto también presintió la suya.

—¿Por qué dice eso, teniente?

—Verá usted... Ya sabe que su padre regresó hace poco de México. Sabemos que llamó a Ian Frasser, el psiquiatra y psicólogo

del departamento de policía de Nueva York: por lo visto eran antiguos amigos.

—Lo sé, teniente.

—Por lo visto le confió algún secreto, al parecer importante, relacionado con unas antiquísimas estatuillas o tablillas, hallazgo arqueológico de su padre.

—¿Y cree que asesinaron a mi padre por eso?

—Oficialmente, médicamente, su padre murió de un fallo cardíaco.

—¿E Ian Frasser?

—Al parecer... ¡también de lo mismo!

—Pero usted cree que en ambas muertes existen puntos oscuros, ¿verdad, teniente?

—Le diré, Silvie... Al menos están relacionadas.

—¿En qué forma?

—Es lo que estoy investigando.

Tras breve pausa en la que la joven pareció vacilar, mientras miraba hacia el cuidado jardín de la casa se puso a musitar:

—Le diré algo que puede interesarle, teniente. El profesor Sean Chaplim, como mi padre, creía en algo espantoso.

—Usted dirá, Silvie.

—Según ellos... ¡todavía existen supervivientes de las antiguas y desaparecidas civilizaciones!

—Aclare eso, por favor; soy lego en la materia.

—Naturalmente, hago referencia a civilizaciones humanas mucho más antiguas que la egipcia o la babilónica, por ejemplo.

—¡Imposible! —exclamó el policía.

—Le he dicho que mi padre también era un filósofo, e intentaré demostrárselo. Incluso él iba mucho más allá que su amigo, el profesor Sean Chaplim. Mi padre sostenía la hipótesis de que en tiempos remotos los hombres llegaron a poseer una cultura muy superior a la nuestra.

—¡Imposible! —volvió a exclamar Walter Breman.

—A veces me decía que las ciencias eran entonces casi metafísicas, y el hombre había logrado erradicar de este mundo, no sólo todas las enfermedades, sino incluso la muerte...

—¡Vaya!

—Puede que fueran hombres procedentes de otros planetas, de

otros mundos, llegados aquí Dios sabe cómo y cuándo.

—Pero, como usted comprenderá, la Humanidad longeva no puede existir. En pocos siglos, acabaríamos comiéndonos los unos a los otros.

—Quizá por esa causa, y otras, las verdaderas ciencias eran secretas.

—¿Se refiere al hermetismo científico de los antiguos?

—Ya sabe; todo el saber estaba en manos de muy pocos. Monjes, sacerdotes, algunos sabios.

—De cualquier forma, y aunque su padre le hablase de todo eso, no creo que ninguno de esos seres pueda vivir aún.

—¿Por qué no, teniente?

—Por simples leyes físicas.

—Han podido ir evolucionando, a través de los tiempos. Cambiando de residencia, de nacionalidad, de continente, de facciones. Y pueden haber intervenido en los hechos más relevantes de la historia.

—De ser así, serían casi como dioses.

—Es posible. ¡Dioses siempre han existido, para todos los pueblos y civilizaciones!

—En la mente humana sí, como una necesidad espiritual. Como un desear trascender al Más Allá, prolongación de la vida terrenal para…

—Siga, teniente.

—No sé, señorita… Me pierdo cuando trato de estas cosas.

—Por el contrario, a mí me encanta abordar tales hipótesis.

—Debe ser por herencia de su padre. ¡Fue un gran sabio!

—Y un filósofo, teniente; se lo aseguro por tercera vez. Él me decía que esos seres extraños de antaño, pueden gobernar sin salir de las sombras en que siguen viviendo. Sus conocimientos parapsicológicos les permiten influir hasta en las mentes de los gobernantes, políticos y estadistas.

Walter Breman se encogió de hombros y ella siguió:

—Puede ser que ellos transmitieran a los sabios los conocimientos necesarios para llegar a desintegrar el átomo, porque en la teoría de las civilizaciones anteriores, como usted sabe, el átomo ya se podía desintegrar…

—¡Eso es muy discutible!

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dice de ese descubrimiento que no hace mucho se hizo en el desierto de Gobi, en plena Manchuria? ¡Nada menos que toda una central eléctrica, con veinte mil años de antigüedad!

—Aún no se ha comprobado del todo que tenga esa antigüedad.

—Un día se confirmará así, teniente. Cuando ciertos bastardos intereses ya no existan y no se opongan a la verdad. ¡A toda la verdad!

—Dígame, Silvie... ¿Usted cree que existe una secreta confabulación contra los científicos que se empeñan en demostrar que existieron civilizaciones muy avanzadas, miles de años antes que las pirámides de Egipto, o las antiguas civilizaciones de China, mucho antes de Jesucristo?

—Lo doy por supuesto, teniente. Por eso ha muerto mi padre. Por eso desapareció, sin dejar rastro, su amigo Sean Chaplim. Quizá eso le costó la vida a Ian Frasser. Y si lo mira bien... ¡Por eso han muerto todos los que firmaron el manifiesto que se presentó a la Academia de Ciencias!

—Bien, pero... ¿quién mueve todo eso?

—Como usted mismo diría, teniente... ¡Es lo que hay que investigar!

—Como policía, le aseguro que estoy dispuesto a intentarlo, Silvie.

—Y yo, como hija de John Hendry, se lo agradeceré mucho.

Los dos jóvenes se miraron directamente a los ojos, sus manos se encontraron y el silencio se fue prolongando, hasta que ella parpadeó al ofrecer:

—Qué torpe he sido, teniente. ¡Aún no le he ofrecido algo de beber!

—No se moleste, Silvie. Nunca bebo, cuando estoy a gusto.

—Muy amable, Walter. Pero le serviré un cordial. ¡Y hasta le acompañaré!

CAPITULO III

En los días que siguieron a su visita a Silvie Hendry, el teniente Walter Breman se enfrascó con mucho entusiasmo en el estudio de las teorías de las civilizaciones anteriores, tratando de averiguar lo que podía haber de extraño, factible o irreal en todo el asombroso asunto relacionado con el caso que le ocupaba.

Supo así que en el Museo de Paleontología de Moscú se encontraba el cráneo fósil de un bisonte prehistórico, hallado en las cercanías del río Lena, en la República autónoma de Yakutia, y que presentaba un singular orificio en la frente, producido, sin lugar a dudas, por arma de fuego.

Este extraño enigma había inquietado a los paleontólogos de todo el mundo. Se trató de explicar que algún cazador de nuestros días debió de ejercitar su puntería en dicho cráneo; pero pudo demostrarse, por el proceso de recalcificación ósea, dado que el animal sobrevivió a la experiencia, que fue herido con bala hacía nada menos que cien siglos.

Aquel insólito descubrimiento se debía al entonces director del Museo, doctor Konstantin Fliorov, que fue interrogado sobre el posible cazador prehistórico que utilizaba rifle en Siberia hacía tantos años.

La respuesta del científico ruso no dejó de ser chocante, cuando manifestó muy serio:

«Sólo cabe admitir una explicación... ¡Los viajeros del espacio!»

Averiguó también Walter Breman que, según ciertas investigaciones realizadas en el mar Muerto, la destrucción de Sodoma y Gomorra, relatada en la Biblia, se produjo extrañamente similar a la de Hiroshima y Naghasaki, por medio de explosiones atómicas...

En Baalbeck, Antilíbano, un investigador ruso llamado Agrest, descubrió los restos ciclópeos de lo que había sido un astropuerto. Allí desenterró restos de planchas de un extraño metal, cuyas aleaciones nadie había podido explicarse.

¿Restos de astronaves de otros mundos?

El teniente de detectives de la Policía Metropolitana de Nueva York, se adentró en el apasionante misterio de los famosos mapas del almirante turco Piri Reis, cuyos hallazgos, por el ingeniero

norteamericano A. H. Mallery, fueron sensacionales. Y supo que alguien, mucho antes del descubrimiento de América, había tomado fotografías aéreas del Atlántico Norte, incluidas las costas de Groenlandia, muchísimo antes de que fueran cubiertas, como en nuestros días, por los hielos polares.

Estudió el insondable misterio de la isla de Pascua, en donde aún nadie había podido explicar cómo habían llegado hasta allí, en pleno gran océano Pacífico, las gigantescas estatuas de piedra encontradas en un terreno en el que no existía, en toda la isla, ni un solo guijarro.

También procuró adentrarse en el enigma con relación a las pirámides del antiguo Egipto, tema misterioso durante tantos siglos, así como los fenómenos del antiguo imperio de los mayas, y hasta estudió los interesantes tratados científicos, llevados a cabo por distintas comisiones mundiales con respecto a los llamados «Objetos Volantes No Identificados»: el asunto de los platillos volantes.

Se enteró de que en el sótano de un museo de Bagdad, hay pilas eléctricas con más de tres mil años de antigüedad, cuando Volta, Galvani, Farahday y Foucault aún les faltaba muchos siglos para venir al mundo y realizar sus famosos descubrimientos.

Y que el rey de Bactriana, Eutidemo II, en el año 235 a. de C., hizo acuñar monedas de níquel, que, como sabe cualquier estudiante, fue aislado por Bergman y Arfvedson, en 1775.

Además, el Instituto de Ciencias de Pekín examinó un cinturón de ornamentos aplicados, de 1.680 años de antigüedad, y que fue hallado en la tumba del general Chu Chi, ¡cinturón que resultó estaba compuesto de un 85% de aluminio! ¡Y el procedimiento electrolítico para obtener este metal, extrayéndolo de la bauxita, no se descubrió hasta 1808!

En el terreno de los poderes paranormales o extra— sensoriales, Walter Breman averiguó cosas increíbles, como la experiencia del novelista Upton Sinclair, quien consiguió establecer que la mente de un sujeto telepáticamente receptivo podía captar imágenes de dibujos sobre los que ha centrado su atención otros individuos situados en otro lugar alejado por kilómetros del primero.

Experiencia semejante fue realizada a bordo del submarino nuclear *Nautilus,* en su primera singladura bajo los hielos polares, cuando atravesó todo el casquete del Polo Norte.

También conoció el portentoso «caso» de Kumari Shakuntala, de la India, cuyo cerebro matemático era más rápido que una calculadora electrónica y hasta quedó absorto en la historia de las hermanas Alida y Santina De Matteo, que realizaron actos de levitación, levantando piedras y objetos del suelo con el único dominio de sus mentes.

Walter Breman volvió a centrarse en sus estudios arqueológicos y recordó el hallazgo del «astronauta de los frescos» de Tassili, en el Sahara, que representaba a un gigante ataviado con escafandra y antenas de radio. La antigüedad y autenticidad del descubrimiento era innegable.

Naturalmente, todo esto le llevó a enfrascarse en la lectura de las ruinas mexicanas de Palenque —cuyo nombre le interesó extraordinariamente, por haber sido allí donde el profesor John Hendry había estado recientemente—, enterándose de que eran una serie de edificios construidos por los mayas, sobre una superficie de más de 20 kilómetros cuadrados, entre los que destacaban el palacio de Chichén Itzá, el templo de las Inscripciones, el del León, el Sol, la Cruz Lobulada, y otros muchos edificios antiquísimos.

Se sabía que estos importantes templos fueron levantados entre los años 373 al 432 después de Jesucristo, o sea, más de mil años antes del descubrimiento de América.

La primera expedición a Palenque la realizó, en 1787, Antonio del Río, por orden del rey español Carlos III, aunque de excepcional interés fue el hallazgo hecho por la expedición del arqueólogo Alberto Ruiz Lhuillier, en 1950, en el interior del templo de las Inscripciones, de una tumba real destinada a un príncipe—sacerdote.

Palenque echaba por tierra, sin ningún género de dudas, la hipótesis sostenida por los arqueólogos clásicos, de que las pirámides americanas se diferenciaban de las egipcias por el hecho de no haber sido utilizadas como sepulcros.

La leyenda, según algunos especialistas, dice que el esqueleto hallado en la tumba de piedra roja, y que tenía el rostro cubierto con una máscara de jade, pertenecía al «dios blanco» Kulkan. Pero lo más increíble era la losa que cubría el féretro, colocada en tan angosto recinto con métodos que la técnica actual no había logrado solucionar ni descubrir, y que el grabado descubierto sobre ella mostraba claramente a un individuo pilotando una nave voladora.

¿Qué explicación cabía encontrar a todo esto?

La lápida estaba rodeada de veinticuatro símbolos indescifrados aún hasta la fecha, pero muy semejantes a los descubiertos en la «Puerta del Sol», de Tiahuanaco, y un personaje central que llevaba un casco y manejaba los mandos de la nave con los pies y las manos. El motor estaba dividido en cuatro partes y el sistema de propulsión se hallaba detrás del individuo. El chorro de llamas de la parte posterior surgía de un singular tobera…

* * *

—La policía no puede averiguar nada, hermano Kay. —Entonces, ¿por qué investigan en lo que, sin lugar a dudas, se trata de muertes naturales?

—Sólo lo hace el teniente Walter Breman.

—¡Ese joven es un cabezota!

—Además de ser un obstinado, tiene otra razón.

—¿Te refieres a la hija del profesor Hendry?

—¡Exacto! Se ha enamorado de Silvie Hendry.

—De todos modos, tendremos que pararle los pies.

—Con él nada de violencia, hermano Kay. ¡Nos está prohibido, porque terminará siendo de los nuestros!

—No lo creo, hermano. Kulko. Tiene un cerebro demasiado poderoso; no podremos influir en él.

—Corre de mi cuenta, hermano Kay. ¡Le haré una visita!

Esta conversación la sostenían dos individuos de edad indefinida y rostros inteligentes, sentados en un parque público de Nueva York. Nada en ellos llamaba la atención, pese a que ninguno de los dos eran hombres corrientes y normales.

Tras reflexionar, el que respondía por Kay recordó:

—No podemos tener contratiempos, hermano Kulko.

—Lo sé.

—Perdona, pero cometiste un error.

—Un error mínimo, hermano Kay. Nadie puede acusarme de incapacidad o negligencia. No todos los cerebros humanos son iguales y algunos se resisten.

—Con el profesor John Hendry actuaste sin vacilar. Las tablillas de Tset están a salvo.

—Fue el criado chino del profesor Hendry quien trabajó para nosotros, aunque inconscientemente, claro.

—Sin embargo, descuidaste a Ian Frasser. ¡Por ahí ha venido el contratiempo! Murió en presencia del teniente Breman y ante lo extraño del caso ese policía se ha puesto a investigar.

—Sí, es cierto. Incluso ha hecho un detallado informe para sus superiores. Ahora tengo ciertas dudas. Si actuamos de una forma contundente contra él, se dará la alarma definitivamente. Se dirá que son excesivas «casualidades».

—Es preciso zanjar este feo asunto de una vez, hermano Kulko.

—Tendremos que aleccionar a ese hombre. Incluso podremos escudriñar su mente en el «Sondascopio». De todas formas, será bueno tener a un ser así en la policía de esta ciudad. El teniente Breman podría sernos muy útil durante bastantes años. Le haríamos llegar a Comisionado Superior. ¡Y hasta alcalde!

—¿Y cuáles son sus conocimientos científicos?

—Técnicos, por supuesto. La policía de aquí emplea procedimientos muy interesantes, en su mayor parte de laboratorio, en su lucha contra el crimen y para mantener su orden. Sistemas analíticos, deductivos, psicológicos. Métodos electrónicos de identificación y archivo, mediante claves dactiloscópicas y todo eso.

—Algo anticuado, ¿no te parece?

—Ya les haremos ir adelantando.

Reinó una pausa entre los dos personajes, hasta que Kulko añadió:

—El teniente Breman habla cinco idiomas. Y es audaz y valeroso. Ya ha realizado varios viajes interplanetarios, aunque siempre en sus funciones como policía.

—Bien, hermano Kulko. Si lo has decidido, cuanto antes mejor.

—Voy ahora mismo. Ya te comunicaré los resultados, hermano Kay.

CAPITULO IV

El ser que respondía por «hermano Kulko», apareció en el decimonoveno rellano del edificio Climbert de Queen’s, cerca de la puerta del apartamento del teniente Walter Breman.

Precisamente en aquel momento y poniéndose la chaqueta, Walter Breman salía de su vivienda particular. Iba a cerrar la puerta cuando el visitante inquirió:

—¿Teniente Breman, por favor?

—El mismo.

—Quería hablar con usted.

—Bien, pero... Me disponía a salir. ¿Quién es usted?

—Mi nombre no importa..., por ahora, teniente. Sé que está usted investigando las muertes del profesor John Hendry y de su amigo Ian Frasser.

—Así es —admitió el joven, ya vivamente interesado.

—Bueno... creí que podría interesarle conocer algunos detalles.

Walter Breman examinó al extraño individuo de pies a cabeza. Era delgado, alto y pálido de rostro, con ojos vivaces y sin duda inteligentes. Incluso tenía una forma de mirar fija y extraña, un tanto turbadora.

Le invitó a pasar.

—Entre... Hablaremos de todo eso, señor...

—Kulko... Puede llamarme Kulko, teniente Breman.

—Perdone, pero tengo la vaga impresión de haber oído su voz anteriormente.

Con leve sonrisa que parecía burlona, el extraño visitante admitió con franqueza, como si ello fuese la cosa más natural del mundo:

—Es cierto, teniente. Me oyó usted a través del auricular, cuando murió Ian Frasser...

Walter Breman quedó como petrificado. Nuevamente volvió a examinar a su visitante y al fin consiguió decir:

—¿Fue usted el último que habló con Ian Frasser?

—Me temo que sí, teniente.

Las facciones de Walter Breman se alteraron tanto que el visitante se puso a pedir:

—Por favor; no se excite, teniente.

—¿Cómo no voy a excitarme, señor Kulko? Si confiesa usted que fue el último que habló con mi amigo Ian… ¡Usted le mató! Algo debió decirle por el visófono que le impresionó tanto que su corazón…

—Le ruego que se calme. No soy un asesino en el sentido que ustedes, los policías, le dan a esa palabra. Además que debe recordar que Ian Frasser… ¡Murió de muerte natural!

—¿Qué le dijo usted por el visófono?

—Le dije, simplemente, que había llegado su hora.

—¿Sólo eso? ¿Y por qué se lo dijo?

—Bueno, es que… ¡Yo sé cuándo han de morir los hombres!

Walter Breman volvió a quedar profundamente impresionado. No sabía ciertamente por qué, pero aquel individuo medio le hipnotizaba. Y volvió a oír su voz un tanto lejana y metálica cuando le pidió:

—¿Puedo sentarme, teniente?

Walter Breman seguía sin poder articular palabra, pero el gesto mudo de su mano resultó elocuente. Y aún quedó más paralizado al oírlo añadir:

—Gracias, teniente Breman… He venido a proponerle algo que sólo se le ofrece a los seres humanos muy… ¡pero que muy privilegiados!

—No… no comprendo, señor Kulko. Yo…, yo…

—A tan pocas personas que, en este planeta, en la Tierra, no hemos hecho más de tres mil veces… ¡en setenta mil años!

Walter Breman también se sentó, pero preguntándose para sí, si aquel extraño personaje no estaría loco.

De cualquier manera debía seguir escuchándole. ¿Acaso no le había anunciado que venía a hablarle de las muertes del profesor John Hendry e Ian Frasser?

—Nos gustaría mucho que usted aceptase, teniente Breman —continuó, aunque aquella vez utilizando el plural.

—¿Aceptar qué? —pudo al fin decir.

—Mi proposición.

—Formúlela y ya veremos, señor Kulko.

—Queremos que viva como nosotros: los Hermanos del Planeta Invisible.

—¿Planeta Invisible? —repitió el joven, casi como un eco.

—Así es, teniente. Y añadiré que, aunque le cueste trabajo creerlo... ¡Yo cuento con unos quince mil años de edad!

—¿Qué broma es ésta? —terminó exclamando el joven, poniéndose en pie.

—Si no se calma, no le aclararé a usted las cosas —le respondió.

Aquello sonaba a una amenaza y Walter Breman volvió a sentarse, aunque no sin apremiar a su vez:

—Pues vaya usted al grano, señor.

—Veamos... Sé que conoce usted la teoría de las civilizaciones anteriores.

—¡Por supuesto! He oído hablar de eso.

—Pues bien... Esa teoría es... ¡rigurosamente cierta!

—Explíquese.

—Yo soy una prueba viviente de ello —le aseguró.

—¡Ya! Me acaba de decir que tiene quince mil años de edad, ¿no es así?

Sin inmutarse, el individuo aceptó, hasta con orgullo:

—¡Exacto, teniente! Pertenezco a la Hermandad de los Antiguos y somos los únicos poseedores de la Verdad Absoluta.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como la poseerá usted dentro de poco tiempo.

—Siga... ¡Siga!

—Nuestra Hermandad se formó en la Tierra, hará unos setenta mil años. Pero su origen procede de otros mundos civilizados, cuyos navegantes vinieron a establecerse aquí por aquel tiempo.

Hizo una pausa y añadió, siempre con su aplomo y seguridad:

—Nosotros somos inmortales.

—¡Colosal! —empezó a bromear Walter Breman.

—Y ése es el destino de usted, Breman. ¡Ser inmortal!

—¡Bravo! ¿Cómo lo conseguirá?

—Hablo muy en serio, teniente. Claro que eso no quiere decir que no pueda morir algún día. La Hermandad tiene también sus leyes, que son inmutables. Por otra parte, puede sufrir un accidente. De cualquier manera, a mayor años de vida, mayores probabilidades de seguir. Hay cosas que son inevitables.

—¿Y a qué voy a dedicar mi inmortalidad?

—A veces, nuestros hermanos trabajan en investigaciones peligrosas, como por ejemplo, la alquimia, la química y otras

actividades, cuyos secretos no acaban de desentrañarse nunca, porque está en la esencia misma de la materia, de la Naturaleza. Ya sabe que hay retortas que estallan y si dañan el cerebro, la razón, la memoria y el centro motor de la vida ésta misma se destruye.

—¡Adelante, señor Kulko!

—Esa es la muerte dentro de nuestra Hermandad, señor Breman... ¿Desea seguir escuchándome?

—Lo haré con sumo gusto, si me permite abrir: alguien llama a la puerta.

—Vaya, por favor. Está usted en su casa.

—¡Por supuesto! —puntualizó el joven, como para indicar que era él quien mandaba allí.

La visita del sargento de detectives Roger Wymark no le pareció muy oportuna al dueño de la casa. Pero eran amigos de toda la vida, se trataba de su más fiel ayudante y le invitó:

—Pasa, Roger... Vas a conocer a un tipo muy pintoresco.

—¿De quién se trata, Walter?

—Pues de un hombre que te presentaré y que...

Walter Breman quedó pasmado e incapaz de terminar la frase. Habían llegado a su gabinete y allí no veían a nadie.

Absolutamente a nadie.

Perplejo, Walter Breman dio varias vueltas por la estancia, para extrañeza del sargento que indagó:

—¿A quién me ibas a presentar, Walter?

—¡Dios santo!

—¿Qué diablos te pasa, chico?

—¿Eh? Nada... ¡Nada! Espera aquí un momento, Roger.

—¿Pero adónde vas?

No respondió, pero cuando regresó después de registrar prácticamente todo su apartamento, fue incapaz de contener su exclamación:

—¡Ha desaparecido! ¡Se ha volatizado!

—¿Quién, Walter?

—Pues... pues...

—Te encuentro muy raro, Walter.

El silencio que siguió le hizo insistir al sargento:

—¿No puedes decirme lo que te pasa? Tú nunca bebes y no creo que estés borracho.

—¡Claro que no lo estoy, Roger!

—¿Entonces?

Walter Breman también se sentó, y aunque con los ojos muy abiertos siguió mirando a todas partes, terminó manifestando:

—Sólo era una broma, Roger.

—¿Y qué clase de broma es decir que me vas a presentar a un tipo, y que luego aquí no haya nadie? No te comprendo, Walter.

—Ni yo mismo me comprendo.

—A ti te pasa algo, chico.

—¡Te digo que no! —casi se irritó.

No se encontraba con ánimos de contarle toda la verdad al amigo. Conocía muy bien a Roger Wymark y sabía, como buen policía analítico, que no se conformaría con oír todo lo que le había dicho aquel extraño señor Kulko que, misteriosamente, había desaparecido.

Por todo eso prefirió indagar:

—¿Puedo saber a qué has venido a tales horas?

—A felicitarte. Quiero ser el primero en hacerlo, Walter.

—Felicitarme... ¿Por qué, Roger?

—Bueno, el jefe, el capitán Gargill, no cree que estés loco.

—Ya me lo dijo, hombre: aceptó mi informe preliminar y me ha dado permiso para que siga investigando en esa línea.

—Bueno... Yo pasaba por aquí, supuse que estarías aún leyendo todos esos libracos y...

—Acertaste, Roger. ¡Lárgate! Tengo que seguir leyendo.

—¿Es así como recibes a un viejo amigo?

—Te digo que tengo mucho que hacer, Roger.

—Oye... No te habré sorprendido con alguna chavala aquí, ¿verdad?

—¡No!

—¿La tienes escondida por ahí y fue eso lo que fuiste a buscar?

—¿Quieres largarte de una condenada vez, Roger?

—Está bien... ¡Está bien, hombre! No hace falta que empujes.

—Eres un pesado. Y la próxima vez, telefonea antes, ¿quieres?

Una vez hubo echado a Roger Wymark, cuando regresó al gabinete no se sorprendió de encontrar a su extraño visitante tranquilamente sentado allí. Hasta le encontró sonriente y con este comentario en sus finos y pálidos labios:

—Le aprecia mucho el sargento Wymark. Hizo muy bien no hablándole de mí.

—¿Cómo hacerlo? Me habría tomado por loco.

Y al instante la pregunta que más le interesaba hacer:

—¿Cómo lo ha hecho, señor Kulko?

—¿El qué?

—Pues eso... ¡Hacerse invisible!

—¡Ah, sí! Es sencillo para nosotros... Hipnosis colectiva.

—¿Quiere decir que...?

—Que puedo sugestionar a cualquiera. Se trata de un entrenamiento al cual nos sometemos. Conocemos todos los fenómenos parapsicológicos, teniente.

—¡Asombroso!

—Pero muy real. ¡Ya lo ha visto!

—Diga usted mejor que no le he visto ni yo mismo.

—No me convenía que su amigo me viera. De todo lo que usted y yo tratemos aquí, nadie... ¡absolutamente nadie!, debe saber nada.

Breve pausa antes de insistir, su mirada fija en las pupilas del maravillado Walter Breman:

—¿Lo ha entendido bien, teniente?

—Sí... sí... Pero me gustaría saber...

—Nuestro poder físico se ejerce sobre la mente de la gran mayoría de los seres humanos.

—Dígame, por favor... ¿Cuál es el objetivo de su Hermandad? ¿Qué proponen ustedes? ¿Qué fin persiguen?

—Veo que empieza a darme crédito, amigo Walter.

—¿Cómo no hacerlo, si acaba de darme una prueba de su poder, señor Kulko?

—Me gustaría más que me llamase hermano... Y en cuanto a nuestros fines, le diré que vamos en busca de la posesión de la Verdad Absoluta. Nuestra Hermandad es como una asociación filosófica secreta, por supuesto. Pero quiero que entienda bien que le cuento todo esto porque puedo... Bueno; digamos que usted no sufrirá ningún fallo cardíaco.

—¿Quiere decir que podría matarme, con sus extraños poderes?

—¡No lo dude! —fue la respuesta tajante.

El silencio prolongado de Walter Breman le hizo decir al otro:

—Usted, si es aceptado por el Cónclave General de la

Hermandad, tendrá que someterse a una disciplina muy estricta y severa, que se supone empezará a raíz de su «salida» de este mundo.

—¿Có… cómo?

—Quiero decir, cuando sus amigos y parientes crean que ha muerto.

—¿Es que deberé morir?

—En cierto modo, sí… Cuando le lleve al Planeta Invisible.

—¡Dios santo! ¿Me está proponiendo abandonar la Tierra? ¿Quizá hasta nuestro sistema solar?

Aquella vez no consiguió una respuesta concreta, porque le escuchó manifestar:

—Entonces cambiará usted de fisonomía y se irá a vivir al Planeta Invisible, donde será iniciado para su vida futura. Será entonces cuando conocerá la verdad a todas sus preguntas. Yo sólo puedo decirle por el momento, que nosotros estudiamos todas las ciencias y conocemos la solución de innumerables problemas. Pero existen muchos más por descubrir, en los que hemos estado investigando durante muchos milenios.

—Se me ocurre otra pregunta… ¿Por qué no revelan ustedes a los mortales todo lo que saben, haciendo con ello que avance considerablemente la ciencia y la civilización?

—¡Qué equivocado está usted, Walter! Progreso tecnológico y civilización son conceptos que no siempre se pueden conjugar juntos. Por otra parte, la humanidad en la Tierra avanza y retrocede de acuerdo con unos comportamientos que ni aun nosotros podemos dominar todavía.

»Los humanos siguen creyendo en muchos conceptos equivocados. Durante siglos creyeron en credos y doctrinas, que sólo el paso del tiempo convirtió en leyendas. ¡Oh! ¡Cuántas religiones falsas y tremendas! ¡Cuántas ideas equivocadas! ¡Cuántas leyes nefastas! ¡Cuántas mentiras, entremezcladas con algunas gotas de verdad!

Suspiró profundamente con una extraña sonrisa al seguir:

—En la Tierra el ser humano se sabe mortal, aunque siempre ha aspirado a ia inmortalidad. Pero en su tránsito por la vida, siempre aspiran a la riqueza material, al poder, al dominio sobre sus congéneres, a ser superiores a los demás.

»Por todo eso de vez en cuando surgen convulsiones violentas. La

ambición ciega a los humanos. Surge la oposición, la lucha, la guerra. Y siempre ha sobrevivido el más fuerte o el más hábil, no el más bueno o el más capacitado e inteligente. Los pueblos y las naciones se han hecho falsamente ricos, hasta que otros les han vencido convirtiéndolos en pobres. Algunos se han adormecido en su bienestar y en la constante evolución natural, los sometidos se han levantado contra sus opresores, matándolos para ocupar su puesto.

—Sí, siempre fue así —reconoció Walter Breman.

—Cuando se pobló este planeta, los escasos habitantes se extendieron por todas partes. Crearon familias, pueblos y florecientes ciudades, cuyas ruinas aún persisten en algunos lugares. Pero fueron atacados por seres de otras razas, llegados del Cosmos. La guerra diezmó a los hombres, destruyó todo cuanto había levantado y construido. Fue preciso empezar de nuevo a trabajar. Y se perdieron conocimientos que los jóvenes no quisieron seguir, o que les pareció mejor hacer de otra forma.

»Las generaciones posteriores suelen despreciar a sus antepasados, alegando que están más evolucionados. Lo cual no siempre es cierto, puesto que en la mente se guarda perfectamente archivados los conocimientos adquiridos.

»A consecuencia de todo esto un día se formó la Hermandad de los Antiguos y se empezó a seleccionar las mentes más claras y poderosas, para conservarlas una vez sometidos a lo que nosotros llamamos la reavivación, un proceso sólo reservado para los elegidos.

—¿Y yo soy uno de ellos? —indagó Walter Breman, con tanta curiosidad como inquietud.

—Eso lo decidirá la Hermandad.

—¿Y yo? ¿No puedo decidir por mí mismo?

—Me temo que ya no, hermano Walter.

—¡Alto ahí, señor Kulko! No nos precipitemos. No concibo ninguna «hermandad» cuyos miembros no sean voluntarios.

—Mirado con una moral raquítica y pequeña, sí. Pero con un espíritu mucho más amplio, no tiene por qué ser forzosamente así.

—Resumiendo: no puedo elegir.

—La Hermandad ha decidido por ti, hermano Walter.

—¿Por qué razón?

—Ahora estamos propugnando un avance social de todo orden,

porque intuimos un posible ataque extraterrestre. Existe un mundo, cuyo avance tecnológico se hace peligroso para nuestra seguridad y hemos de acelerar el progreso. Un progreso técnico hacia el futuro, con adelantos espaciales, electrónicos, biónicos y fotónicos.

—Le he escuchado con suma atención, «hermano» Kulko. Pero... ¿qué tiene que ver todo esto con las muertes del profesor Hendry y de Ian Frasser?

—Nosotros no podemos permitir que ciertos grupos traten de averiguar cosas que la humanidad aún debe ignorar.

—¿Por ejemplo?

—El profesor John Hendry descubrió ciertas tablillas que, cuidadosamente estudiadas —como se había puesto a hacer—, le habrían descifrado muchos secretos.

—Secretos que su Hermandad quiere seguir guardando, ¿no es así?

—La humanidad debe avanzar evolutivamente, no a saltos.

—¿Esas son sus «razones»?

—¡Lo son! Y están fundamentadas en el conocimiento que tenemos de la naturaleza humana. Ciertos conocimientos técnicos en los hombres les llevarían a catástrofes inevitables. Sería como cuando se le da a un niño una pistola de verdad para jugar.

—¿Y eso justifica la muerte, el asesinato?

—Una vida, o un millón de ellas, nada cuentan. Nos es lícito eliminarlas, desde luego.

—Sólo Dios es dueño de la vida.

—Nosotros no negamos la divinidad; más bien nos sentimos sus servidores.

—No termino de comprenderle.

—Es policía y debería hacerlo, Walter. En cierto modo, ustedes actúan igual. Son fuerzas del orden, al servicio de la sociedad.

—¡Exactamente! El orden es necesario. Pero también es necesaria la libertad, para que cada uno elija el modo mejor de vivir. Por otra parte, no sé lo que han visto en mí los de su Hermandad.

—Extraordinarias cualidades que, posiblemente, usted mismo desconoce que posee.

—Soy feliz. Amo a una mujer. ¡Me gustaría seguir así!

—No tema: en primer lugar, va usted a vivir tal como vive ahora. Nada va a cambiar en su existencia. Seguirá usted como oficial de

policía, pero desde ahora tendrá usted todo nuestro apoyo. Eso le ayudará mucho profesionalmente y le permitirá obtener méritos y ascensos. ¡Es muy posible que llegue a ser un personaje muy importante!

—Nunca fui ambicioso. Me conformo con vivir plenamente mi vida.

—¡Bobadas! Yo he vivido otras muchas y puedo asegurarle que resultó muy interesante. He vivido en tiempos de Fenicia, con las antiguas dinastías de Egipto, en Grecia, en tiempos de Pericles. He tenido que influir mentalmente en reyes, gobernantes, hombres de ciencia y en ministros.

—¡Extraordinario! —exclamó Walter Breman, imaginando lo que todo aquello suponía.

—¿Se da cuenta ahora por qué hemos intervenido en el caso del profesor John Hendry? Mientras los paleontólogos y arqueólogos se limiten a lanzar teorías más o menos acertadas, pero sin demostración posible, nada ocurrirá. Pero hemos de protegemos de la curiosidad general y popular. Al mundo no se le puede decir que existen seres prácticamente inmortales, que se reencarnan una y otra vez, mientras todos ellos sólo pueden vivir un limitado número de años.

—Sí, me imagino que se formaría un gran revuelo.

—Con el profesor Hendry tuvimos que actuar tajantemente, puesto que descubrió las tablillas de Tset, que fueron escritas hace doce mil años, por un rebelde de nuestra Hermandad. Nos denunciaba como secta organizada, señores del Bien y del Mal y habitantes del Planeta Invisible.

—Hermandad o no, resulta muy penoso para mí saber que han eliminado al profesor Hendry. ¡Fue el padre de la mujer a la que amo!

—Nosotros no trabajamos en perjuicio de la humanidad, sino en su favor, puesto que formamos parte de ella. Como privilegiados, opinarán algunos, pero como justos defensores, decimos nosotros.

—Perdone, pero aún no lo veo muy claro.

—Bien, hermano Walter. Ahora le dejaré, porque tengo que volver a mi puesto. Usted olvidará todo cuanto hemos hablado aquí. Pero recordará que, siempre que necesite saber algo importante, podrá llamarme.

—¿A… a usted? ¿Y adónde le llamaré?

—En su mente surgirá el número de teléfono que le pondrá en contacto conmigo. Entiéndalo bien: nos interesa ayudarle en su carrera. Ha sido usted elegido y cuando se le llame, tendrá que asistir al Cónclave General de la Hermandad, donde se decidirá o no su admisión definitiva.

—¿Y mientras…?

—Seguirá su vida normal.

—¿De veras olvidaré todo esto?

—De una manera absoluta. Aunque se esfuerce; ahora dejaré su mente en el punto que la encontré, cuando me vio por primera vez.

—Todo eso me preocupa. Siempre me ha gustado decidir por mí mismo.

—No se preocupe, Walter. Nosotros sabemos más, porque hemos vivido muchísimo más. Todos nuestros actos son justificados. Han sido necesarios y nosotros lo sabemos, aunque muchos no nos comprendan. ¡Ya me llamará, hermano!

Walter Breman le vio levantarse, buscar la salida y saludar con su extraña sonrisa:

—Y deje de investigar ya sobre la muerte del profesor Hendry.

CAPITULO V

El teniente Walter Breman presentó su último informe a su jefe. Por él, el capitán Sidney Gargill llegó a la conclusión de que no existían pruebas contra nadie en el caso de la muerte del profesor John Hendry, así como la muerte también repentina de Ian Frasser: los dictámenes parciales coincidían en lo mismo: fallecimientos por fallos cardíacos.

Muertes naturales.

El sargento de detectives Roger Wymark, mientras comía un día con Walter Breman, comentó:

—Hemos hecho el ridículo.

—¿Por qué, Roger?

—Durante unos días, ha sido como perseguir fantasmas. Tú llegaste a convencerme que esas muertes habían sido asesinatos. Te pusiste a llenarte la cabeza con todos esos libracos y…

—Olvídalo, Roger: he cambiado de idea.

—¿Así, de repente?

—Así, de repente —musitó Walter Breman.

—¿Así es que ya no te interesa encontrar las tablillas que el profesor Hendry encontró en Palenque?

—Sí, pero… ¿Y si nunca han existido?

—Tú mismo me dijiste que Ian Frasser las tuvo en sus manos.

—Ian Frasser también ha muerto. Ya no puede volver a atestiguar eso.

—Estás muy cambiado, Walter.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —confirmó el sargento, con mucha rotundidad.

Días después, el teniente Walter Breman fue encargado del caso de la joyería Braque, situada en la Quinta Avenida. Su jefe le llamó y le dijo:

—Breman, quiero que releve usted a Paul Quiin en el asunto del robo a la joyería Braque. El Comisionado Superior exige resultados inmediatos. Sólo tengo confianza en usted, teniente.

El capitán Sidney Gargill hablaba muy preocupado y el joven policía admitió:

—Usted manda, señor. Me encargaré del asunto. Aunque me parece que Paul…

—Olvídese de Paul Quiin. Si protesta, le recordaré que no está resultando muy eficaz.

Walter Breman se llevó a su ayudante predilecto, al sargento Roger Wymark, así como a varios agentes. Tuvo que pedirle a Paul Quiin todos los antecedentes del robo y llevándole al lugar de los hechos el otro policía le informó:

—Ha debido ser cosa de auténticos profesionales. Perforaron el piso, por una galería. Emplearon ácidos altamente corrosivos, cuyo análisis nos facilitará hoy mismo el gabinete de química. Fue un trabajo limpio, realizado por tres hombres, a lo sumo.

—Sigue, Paul.

—Las joyas desaparecidas valen unos doce millones, y me están sacando copias fotográficas de las piezas más valiosas. Mister Brahams te las dará cuanto antes.

—¿Algo más, Paul?

—Establecimos controles de vigilancia en carreteras, para impedir que los ladrones salgan de la ciudad. Se ha detenido a dos profesionales, dos tipos muy conocidos y ya fichados, que salían de Nueva York en coche. Pero no llevaban nada sospechoso encima: naturalmente, alegan no saber nada de este asunto y parecen tener una buena coartada. Sin embargo, los muchachos les están interrogando.

—¿Habéis iniciado las visitas a peristas y posibles compradores?

—Sí, Walter. Todo el trámite normal está en marcha. Claro que, al hacerte cargo del caso, tú puedes disponer lo que te plazca. Parece que el jefe quiere resultados inmediatos.

Walter Breman examinó cuidadosamente, el lugar del robo. Habló con los empleados de la joyería, y hasta con mister Bernie Braque, llegado en aquellos momentos de Europa, avisado por su gerente en Nueva York. El hombre, mundialmente conocido, estaba excitado y nervioso.

—Algunas de esas valiosas piezas estaban en trámites de ser aseguradas, teniente —informó—. ¿Se da usted cuenta de lo que eso significa? ¡Vamos a perder millones!

—Tranquilícese, señor Braque. Las joyas aparecerán. Hay dos compañías de seguros con más interés que usted mismo.

—¿Por qué han sustituido al teniente Paul Quiin por usted? El inició la investigación desde el primer momento. ¿Es que el capitán

Gargill no tiene confianza en él?

—Son cosas internas del Departamento, señor Braque.

—Le diré lo que me parece, teniente. ¡Están ustedes perdiendo deliberadamente el tiempo! ¡Eso beneficia a los ladrones y nos perjudica a nosotros!

—Le digo que no se preocupe: el resultado será feliz.

—La verdad, teniente. Con tanto policía por aquí, no nos dejan trabajar bien. ¡Nuestros clientes están alarmados, molestos!

—Lo siento, señor Braque. Cumplen órdenes.

Walter Breman abandonó el despacho del irritado joyero y salió al salón de joyería, recibiendo una agradable sorpresa. Allí estaba la bonita Silvie Hendry, acompañada de una amiga:

—¡Qué casualidad, cariño! —saludó feliz.

—No es casualidad —rechazó la muchacha—. Alguien me dijo que rondabas por aquí, y como hace un siglo que no te veo... Además, he acompañado a mi amiga Jennifer, que desea comprar una joya.

—Encantado, Jennifer.

—Lo mismo digo, teniente.

—Puedes llamarme Walter. Las amigas de Silvie lo son mías.

—Además de guapo, es simpático —comentó la amiga de Silvie.

—¿Qué tal si comemos los tres juntos? —propuso Walter Breman.

—¿Por qué no los cuatro? —propuso al instante el sargento Roger Wymark, que rondaba también por allí.

* * *

—¿Kulko? Soy Walter Breman.

—¡Hola, hermano Walter! ¿Cómo estás? —fue la respuesta risueña.

—Bien, gracias... Necesito su ayuda.

—Veo que el número que te di, ha acudido a tu mente.

—Así es. Estoy en un apuro.

—¿De qué se trata, Walter?

—Necesito saber dónde están las joyas robadas de Bernie Braque. Es una cuestión profesional que preciso resolver pronto.

—Bien, hermano Walter. Dentro de un par de horas, te daré toda

la información que tenga.

—¡Magnífico! Le quedaré muy reconocido, señor Kulko.

—¿Por qué no mejor «hermano Kulko», amigo? —Como quiera..., «hermano».

* * *

Aquella misma tarde, con una autorización de registro y una orden de arresto en el bolsillo, Walter Breman se presentó en la joyería de Braque.

Sus agentes todavía rondaban por allí. Walter habló con alguno de ellos y luego caminó hacia el despacho del irritable mister Braque, el cual estaba con su director gerente Richard Brahams.

El sargento Roger Wymark, muy grave, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, iba tras él.

—¡Oh, teniente Breman! —exclamó mister Braque, al parecer sorprendido de forma agradable—. Me encanta volver a verle. ¿Ha averiguado algo?

—Todo, señor Braque —anunció triunfal el policía—. Sabemos quién realizó el robo, quién lo instigó y hasta dónde están las joyas.

—¿Qué me dice, teniente? —exclamó Braque, aunque perdiendo su sonrisa.

Walter Breman se volvió hacia el director gerente Richard Brahams y le mostró la orden de registro al anunciar:

—Esto es para usted, señor Brahams. Y le advierto que cualquier cosa que diga será utilizada contra usted en el momento del juicio. Le ruego que abra la caja secreta que tienen detrás de esos diplomas colgados en la pared. Sabemos que ahí se encuentran la mayor parte de las joyas «desaparecidas».

—¿Có... cómo dice, teniente?

—Los hombres que usted contrató para realizar el robo, Andy Smith, «Mad» Neddle y «Rana» García, ya están en jefatura, convictos y confesos. De los cincuenta mil dólares que usted les dio a cuenta, hemos recuperado treinta y seis mil. También algunas joyas que tenían en depósito. ¿Quiere usted abrir esa caja?

—Pero... ¿qué significa esto, teniente Breman? —se interesó el serio Bernie Braque, consternado, mirando ora a Walter ora a su director gerente en Nueva York.

—Un caso típico de empleado infiel, señor Braque. Creo que una mujer de ojos rasgados tiene la culpa de todo esto. Para ella, el señor Brahams quiso disponer de joyas que no le pertenecían.

Un movimiento violento del acusado hizo que Walter Breman le sujetase por el brazo, al tiempo de empujarle hacia la pared donde colgaban los diplomas. Como un autómata el tal Brahams abrió la caja secreta que contenía piedras muy valiosas colocadas en finos estuches de piel.

Walter Breman buscó entre las piezas y tras sus comprobaciones ordenó al sargento Roger Wymark:

—Llévatelo, Roger. ¡Caso resuelto!

Braque no dejaba de estar asombrado y sólo acertaba a balbucear:

—¿Pe... pero có... cómo ha podido usted... en tan poco tiempo... averiguar tantas cosas tenientes?

Walter Breman se limitó a sonreír.

* * *

Tras besarle en los labios, Silvie Hendry miró al hombre del que se había enamorado e indagó:

—¿Eres brujo, o sólo un buen policía, mi amor?

—Ambas cosas —sonrió Walter Breman.

—De verdad, cariño. ¡Ha sido fantástico!

—Bueno... Es que tuve una confidencia, Silvie. Digamos que capturamos a dos ladrones y lo «cantaron» todo. El gerente de Braque, el señor Richard Brahams, les facilitó las cosas, les pagó y se había quedado con la mayoría de las joyas, ocultándolas en la caja secreta de su despacho. Pensó que sería el sitio más seguro, donde nadie las buscaría.

—Pero tú lo acertaste.

—Ahora, en la cárcel, tendrá mucho tiempo para pensar en los errores cometidos. ¡Con la policía de Nueva York no se puede jugar, nenita!

—¡Eres maravilloso, Walter!

—Y tú la mujer más fascinadora de cuantas he conocido en mi vida!

—¡Ah, pillín! Eso quiere decir que has conocido a muchas.

—Pero ninguna me hizo pensar en el matrimonio, como tú.

—¡Cuánto honor!

—Lo digo en serio, Silvie.

—Lo sé, cariño. Pero aún es pronto para...

—¿Dudas de mi amor?

—Me refería a lo de la muerte de mi padre.

Al oír aquello, Walter Breman quedó muy serio. Pero al instante se encontró preguntando a la muchacha:

—¿Todavía sigues creyendo que no murió de muerte natural, de un fallo cardíaco?

—No sé, pero... Aunque así debió ser. El médico lo dijo y hasta tú mismo terminaste tus investigaciones, diciéndolo en tu último informe.

Cuando salió de la casa de la muchacha, no pudo olvidar esta conversación. Como policía, sentía la necesidad de averiguar a fondo todos los motivos que habían llevado a la muerte al profesor John Hendry. Y de pronto, se encontró pensando en aquel extraño Kulko, el personaje que le había visitado en su casa.

Todo lo que le había dicho le había dejado muy confuso.

Volvió a sentir ganas de hablar con él. Con un esfuerzo nuevamente memorizó el número de teléfono que le había dado y le llamó. Pero Kulko no contestaba. Anotó el número por temor a que se le pudiera olvidar e insistió desde otra cabina, con el mismo resultado negativo.

—Llamaré a la Central —se dijo.

Desde un local público, llamó al servicio de control telefónico de la policía.

—Soy el teniente Breman, de homicidios. ¿Quién está de servicio?

—Louis Stone, señor.

—Anote el número que voy a darle. Necesito que me localice a quién pertenece. No figura en la guía y calculo que debe ser un número privado.

—Sí, teniente. No cuelgue. Le informaré dentro de unos minutos.

A los pocos instantes le llegó la información: —El número que me ha dado corresponde a un individuo llamado Vemet, Allis Vemet, teniente. Vive en el piso 38, letra D, del edificio Chase, en Madison Avenue.

—Perfecto, Louis. Gracias por todo.

—No hay de qué, teniente. Ha sido un placer.

Después de vacilar unos instantes, se decidió y llamó a un taxi para trasladarse a las señas indicadas. Si aquel Allis Vemet era el misterioso «hermano» Kulko, ya sabía algo más sobre él.

Pero cuando llegó frente al Chase Building, se encontró allí con la policía. En una ambulancia estaban cargando el cuerpo de un hombre, tendido en una camilla y cubierto con una manta.

Algo alarmado, tras identificarse, Walter Breman se acercó a uno de los agentes.

—¿Qué ha ocurrido?

—Al parecer, un hombre se ha arrojado desde el piso 38, señor.

—¿Quién es?

—He oído decir que se trata de un tipo algo misterioso y extraño, teniente. Un hombre llamado Vemet o algo así. De todas formas, el teniente Louis se encuentra arriba. Puede usted subir si quiere, señor. ¿Conoce usted al teniente Louis?

—Sí, le conozco. Gracias, agente.

* * *

El teniente Louis, un hombre de recia complexión, áspero bigote y ropas holgadas, pareció sorprenderse al ver allí a su compañero Walter Breman.

—¡Caramba, Walter! ¿Qué haces por aquí?

—No lo vas a creer, pero ese Vernet era uno de mis confidentes.

—¡No me digas!

—Sí. Hace un rato le llamé por teléfono y no contestó. Venía a charlar con él y me encuentro con esto.

—Lo siento, Walter. Se trata de un tipo raro y esto no parece la madriguera de un confidente. Fíjate bien: aquí se respira lujo y desahogada posición económica.

Y ahí tienes los talonarios de cheques que hemos encontrado en el registro.

—¿Suicidio… o asesinato, Louis?

—Aún no lo sabemos, chico. Aunque el tipo del garaje dice que vio entrar en el edificio a dos hombres… que ahora no aparecen por ninguna parte.

Sí, Walter Breman se fijó que allí se respiraba lujo y bienestar económico. Incluso todo estaba decorado con refinado gusto. Un agente se acercó al informar a Louis.

—No hay duda, señor. El tal Vemet intentó agarrarse a la cortina de la ventana, porque está rota. Para mí que es una defenestración como una casa, señor.

—¿Huellas?

—¡Muchas! Pero todas parecen ser del que ocupaba esto.

—Veremos lo que dice la autopsia.

Louis se volvió hacia Walter Breman al pedir:

—Si era uno de tus confidentes, podrás hablarnos de él, Walter.

—Lo... lo siento, pero le conocí hace muy poco.

—Hemos de establecer quién era Vernet y a qué se dedicaba, qué amistades tenía y todo eso de la rutina. ¡Ya sabes!

—Te comprendo, Louis.

Walter Breman terminó alejándose de allí, turbado y nervioso. En la calle continuaban los curiosos y quiso ver el lugar donde había caído el cuerpo: uno de los agentes le informó que la muerte del tal Vernet había sido instantánea, al comentar señalando hacia arriba:

—Calcule, teniente... ¡Nada menos que un «vuelo» desde el piso 38!

—Sí... Como usted dice. ¡Un gran «vuelo»!

—Se aplastó todo el cráneo contra el suelo... ¡Ha quedado hecho papilla!

A Walter Breman se le ocurrió pensar que, aun siendo así, cuando se le hiciera la autopsia a aquel cuerpo, ¿se notaría que Kulko tenía una edad de quince mil años?

¿O todo lo que le había contado aquel sujeto era mentira?

Y otra pregunta: ¿por qué le habían matado? ¿Quiénes eran los que le habían arrojado desde una altura así?

Aquella noche, con todas estas dudas, se quedó dormido en su cama.

* * *

Ignoraba el tiempo que debía llevar durmiendo, cuando se despertó bruscamente. Walter Breman sintió cómo una extraña sacudida en su cerebro y, al incorporarse, en la oscuridad de la

habitación alcanzó a distinguir las sombras de dos hombres que parecían esperar algo a los pies de la cama.

Se sobresaltó y su mano se extendió para buscar a tientas el arma de reglamento, cuando una voz gutural advirtió:

—Nada de violencias, teniente.

Los dos hombres vestían de negro y el de la voz gutural volvió a indicar:

—Prepárese, hermano. Vamos a llevarle al Planeta Invisible.

Aún más alarmado, Walter Breman quedó sentado sobre el lecho. Los rostros de los dos visitantes quedaban en la sombra, pero encontró ánimos para indagar:

—¿Adónde es eso?

—Aún no tiene por qué saberlo, hermano.

—Déjense de cuentos y díganme de una condenada vez quiénes son, por qué y cómo han llegado hasta aquí y qué es lo que pretenden.

—Demasiadas preguntas, hermano.

—¡Ni hermano ni narices! Y no pienso moverme de aquí si antes no me aclaran un montón de cosas. ¡Qué caray! ¡Estoy en mi casa!

—Tranquilícese, teniente. Hemos venido a buscarle.

—Tiene que hacer ese viaje con nosotros —insistió el otro.

—¿A un Planeta Invisible? —preguntó con cierta sorna y enfado el joven policía.

—Así será.

—¡Y un cuerno! Y si todo esto es una broma pesada yo...

Las dos sombras se movieron, la luz se hizo en la habitación y Walter Breman quedó sin habla, aunque con la boca muy abierta, al reconocer a los dos visitantes, mientras uno de ellos indicaba:

—Somos amigos... Fíjese bien en nosotros, hermano.

—¡Dios santo! Usted... ¡Usted es el profesor John Hendry y tú... tú eres Ian Frasser!

—¡Los mismos!

—¡No!... ¡No puede ser! ¡Los dos están muertos!

—Eso cree todo el mundo.

—Pe... pe... ¡Pero si yo fui a tu entierro, Ian! ¡Te vi muerto! Es... ¡Es imposible que...! ¿Me he vuelto loco? ¿Es esto una mala pesadilla?

—Tranquilízate, Walter. Puedes tocarle, si quieres.

—Pero, Ian… Tú…, tú… ¡Dios mío!

Walter Breman volvió a frotarse los ojos como para ahuyentar la visión fantasmal de sus dos visitantes. Pero seguía teniendo ante él a Ian Frasser y al profesor John Hendry, que nuevamente indicó:

—Vístase, pero antes escriba una carta para mi hija, puesto que se ha enamorado de ella. No quiero que Silvie se intranquilice por su ausencia; le dirá que ha tenido que hacer un viaje a Palenque, para seguir ciertas investigaciones que…

—No es posible. Ya le dije a Silvie, y a todo el mundo, que había abandonado esa investigación.

—Tendrá que hacerlo —insistió el que parecía ser el mismo Ian Frasser.

Empezando a serenarse en parte, Walter Breman empezó a vestirse. Cuando extendió la mano para tomar el batín de seda, recordando la pistola pensó en empuñarla. Pero ¿qué podía hacer con un arma de fuego, contra la visión de aquellos dos fantasmas?

Y además, Ian Frasser siempre había sido buen amigo suyo.

No obstante, como para convencerse a él mismo, musitó:

—Los dos están muertos y enterrados.

—Nos devolvieron más tarde a la vida, querido Walter.

—¡Eso es imposible, Ian!

—Lo estás comprobando. Y además, para nuestra Hermandad nada es imposible.

—¡Ya salió eso de la extraña «Hermandad»… No hace mucho, un tal Kulko que también me dijo pertenecía a ella… ¡Ha muerto al caer desde el piso 38 de un edificio!

—Como Allis Vernet, el hermano Kulko DEBIA desaparecer.

—¿Por qué? ¿Es que vuestra Hermandad siempre utiliza el asesinato?

—Cuando alguien comete un error, ¡sí!

—¡Dios santo! Esa Hermandad debe considerarse dueña de la vida y la muerte.

—Un día llegará a serlo del todo.

—¿Para qué?

—Para la felicidad de la raza humana. Para que los hombres alcancen su cabal desarrollo, su total dimensión.

—¿Y todos ustedes son los que dictaminan todo eso?

—Así será.

—Termina de vestirte, Walter.

—¡Está bien! Admito que tú seas Ian Frasser y usted el profesor John Hendry... Pero eso de llevarme a ese Planeta Invisible...

—Toma esta pastilla, Walter.

—¡No! Aparta de mí eso... ¡No haré nada contra mi voluntad!

Y sin embargo, pese a su rotunda afirmación, tras atreverse a clavar sus pupilas fijamente en las de Ian Frasser que no dejaba de sonreírle, casi inconscientemente, Walter Breman se encontró extendiendo su mano y aceptó el blanco comprimido con la obediencia del enfermo que desea su curación.

Sólo una idea aún bailaba en su confusa mente, rebelde y obstinada al hacerse esta pregunta:

¿Cómo sería posible que le llevasen a un planeta remoto y que, además, le aseguraban que era invisible?

* * *

De un modo vago e inconcreto, Walter Breman sintió que viajaba. Confusamente comprendió que le sacaban de su domicilio y le metían en un coche que les aguardaba. La gran ciudad parecía dormida, aunque vio hombres detenidos en las aceras, coches con los faros encendidos y el característico trajín de Nueva York.

Ian Frasser viajaba junto a él y el profesor John Hendry conducía, también sin despegar los labios.

Cuando llegaron al aeropuerto comprendió que un gran reactor también les esperaba, puesto que despegó nada más subir los tres y en su interior no había más pasajeros que ellos. Fugazmente vio a una joven y linda azafata que les sonrió, inclinando levemente su rubia cabeza.

Le sentaron en uno de los butacones y el oficial piloto les dijo algo que Walter Breman no terminó de entender. Al poco de despegar, la azafata llegó con una bandeja, en la que había tostadas, mermelada, bizcochos, leche, café y otras cosas. La bandeja fue colocada sobre un soporte, pero él no tuvo ganas de comer nada.

Sólo tenía deseos de mirar por la ventanilla hacia el exterior, dándose cuenta que volaban a gran altura, sobre un mar de nubes blancas que resultaban fascinadoras. De vez en cuando, por alguna brecha de aquel lecho algodonoso, podía distinguir el mar.

Eso quería decir que aún estaban en la Tierra.

Pero ¿sería verdad que le llevaban al Planeta Invisible? Y de ser así ¿hacia dónde quedaba eso? ¿Fuera del sistema Solar? ¿Más allá, en el hiperespacio, camino de las estrellas?

Castigó sus pulmones fumando ininterrumpidamente, con movimientos mecánicos, casi inconscientes. Se daba cuenta, porque cada vez que ponía un cigarrillo en sus labios, la bella azafata aparecía como por arte de magia junto a él, provista de un encendedor adornado con pequeñas piedras preciosas.

—Ya estamos llegando —le anunció Ian Frasser, inesperadamente—. Dentro de unos minutos aterrizaremos.

—¿Dónde? —quiso saber Walter Breman.

No consiguió respuesta pero, efectivamente, el gran reactor se posó sobre una larga pista. Al detenerse, Walter vio, allá al fondo, los edificios del aeropuerto.

Tuvo la sensación de que aquel ambiente pertenecía a Brasil, pero sólo se atrevió a preguntar:

—¿Por qué nos detenemos aquí, tan lejos de los hangares?

—Un coche nos espera cerca de aquí —dijo el profesor Hendry.

Era cierto: un «todo terreno» esperaba al pie de las escalerillas que descendieron, cubierto el vehículo con una lona descolorida, como un camuflaje para viajar por la selva. Era muy grande y sólido. Un sujeto de rostro cetrino y movimientos lentos, de ropas claras y tropicales, también les esperaba y se puso al volante.

El piloto del avión también bajó, poniéndose a hablar con voz baja con el conductor del «todo terreno», mientras ellos tres subían a la parte trasera. Desde lo alto de la escalerilla del avión, Walter Breman vio a la joven azafata agitar su manita, despidiéndoles.

Al fin, el avión, la azafata, el piloto y todo fue quedando atrás, cuando por un ramal del gran aeropuerto el vehículo salió a una carretera polvorienta, con alta y exuberante vegetación a derecha e izquierda.

No encontraron ni un solo vehículo por aquel camino que parecía adentrarse en los infiernos verdes de la selva, no sabía de qué país tropical. Ni coches ni una sola persona.

Ian Frasser le ofreció otra de las pastillas blancas y Walter Breman sintió que volvía a un estado de medio inconsciencia. Los párpados le pesaban una tonelada y al fin decidió rendirse al sueño,

desajenándose de todo lo que le rodeaba.

Nunca llegaría a saber las horas que estuvo durmiendo.

Al poco de despertar, el coche se detuvo en una especie de calvero, en el centro del cual había posado un extraño aparato metálico y brillante, de forma circular y con una alta cúpula, rematada en dos oscilantes antenas. Walter tuvo la impresión de encontrarse ante uno de los tan discutidos platillos volantes, de los que las generaciones anteriores habían hablado tanto. Y ahora sí creyó entender al conductor cuando anunció en portugués:

—Ya hemos llegado.

Primero bajó el profesor John Hendry, que se adelantó para quedar ante dos especies de astronautas que descendieron de la nave por una rampa metálica. Incluso llevaban los cascos puestos, con una gran visera azul; tenían toda la apariencia de seres humanos, sin lugar a dudas.

Algo más rezagado siempre junto a Ian Frasser que le ayudaba a mantener el equilibrio en pie, Walter escuchó que el padre de Silvie preguntaba a uno de los astronautas:

—¿Por dónde se entra en «eso»?

—Sitúense exactamente debajo —indicó uño de los hombres con casco—. En el mismo centro. El cono de gravedad invertida les subirá a la nave.

Fue una sensación nueva y emocionante. Los cinco se situaron debajo de la gigantesca astronave, que se sostenía por medio de cuatro patas metálicas telescópicas. Walter se sintió elevado, como si hubiese perdido totalmente su peso. Miró hacia arriba y por un instante creyó que era la nave la que bajaba hacia ellos. Una vez en el interior de un departamento circular y abovedado, con un sector transparente por el que se podía contemplar el cielo, movieron los pies dejando el centro del agujero para apoyarse ya sobre suelo firme.

El agujero central o escotilla se cerró como el diafragma de una cámara fotográfica.

Había asientos en tomo a la cabina circular: eran como un sofá extenso, en forma de herradura. Delante del sector transparente, se sentaron los dos astronautas: allí había un complicado tablero de mandos, de singular construcción, con muchas palancas, botones y diales.

Antes de accionar los mandos, uno de los pilotos se volvió y les dijo:

—Pónganse los cinturones de seguridad y no se alarmen. El mareo durará sólo unos segundos.

Walter Breman tuvo la alarmante sensación de que todo empezaba a girar vertiginosamente. El cielo que podían ver a través del tragaluz se difuminó por completo y la cabeza le dio vueltas. Pero pronto desapareció el mareo y sólo experimentó como un leve balanceo, semejante al que produce el viaje en bote sobre un mar sacudido por la marea.

—¿Qué clase de astronave es ésta? —preguntó.

—Se trata de un «Discoplano ingrávido», de desplazamiento magnético —respondió uno de los pilotos—. Se sustenta por medio de un campo continuo antigra— vitacional; o sea, una fuerza magnética contraria a la gravedad, que tiene su apoyo en la superficie del suelo en el momento del despegue. Después, nos desplazamos rápidamente sobre las sucesivas capas de aire.

—¡Fantástico! ¿Quién ha inventado esto? —deseó saber Walter.

—¡Vaya pregunta! —exclamó como divertido el otro piloto—. Es tan viejo como el Planeta.

—¿Se refiere al planeta Tierra? —quiso concretar Walter.

—¿Cómo cree usted que llegó la vida aquí? —fue la respuesta.

Walter Breman se disponía a seguir preguntando, cuando escuchó que el profesor John Hendry aconsejaba:

—Nada de enzarzarse en conversaciones filosóficas, hermanos.

—Bien, profesor. Pero al menos, ¿puedo preguntar adónde vamos?

—Al Planeta Invisible.

—¿Dónde está eso, profesor?

—En un lugar indeterminado. Es el sitio más impresionante que usted haya podido ver en toda su vida. Allí nos reunimos circunstancialmente. Le aseguro que nunca olvidará una maravilla semejante.

—Pero antes conviene que tomes otra de las pastillas —adelantó Ian Frasser.

—¿Me estás drogando, Ian? —le preguntó, empezando a dudar de aquel amigo que había tenido en la Tierra, concretamente en Nueva York en el departamento de psiquiatría y psicología de la

policía.

—Te lo aconsejo, hermano Walter. Así el viaje te resultará más plácido.

Una vez más, Breman le obedeció.

CAPITULO VI

Walter Breman despertó asombrado ante el impresionante espectáculo de luz y arquitectura ultravanguardista que apareció ante sus ojos, cuando descendieron del «Discoplano», al parecer en un mundo sobrenatural, por el que los hombres de la Tierra habrían dado su vida para conocer.

Un extraño vehículo que se deslizaba sobre una especie de colchón de aire a medio palmo del suelo vino a buscarles, conducido por un hombre de edad indefinida, que se limitó a saludar:

—Suban. Les esperan.

Al poco entraban por la boca de la caverna más impresionante que Walter había podido contemplar en su vida. Seguían deslizándose a medio palmo del suelo, bajo un techo iluminado por reflectación y a una velocidad de vértigo. Hasta que al fin pudo divisar al fondo una especie de monasterio, o templo subterráneo, lo más fantástico que la imaginación humana era capaz de concebir.

De pronto se encontraron en un inmenso salón de techo, paredes y suelo brillantemente pulimentado, hecho todo de un material parecido al aguamarina, entre azul y verde, maravilloso de luz y color.

Walter Breman quedó atónito al entrar allí. En cambio, sus dos compañeros John Hendry e Ian Frasser, sin inmutarse, lo observaban todo como si ya estuviesen habituados a tantas maravillas. Al fondo del gran salón había una especie de trono, al que se llegaba por una escalinata dorada.

Más tarde habría de saber Walter que todo aquello estaba hecho de fluosilicato alumínico. O sea, que era un inmenso topacio artificial, de un valor incalculable según los valores de la Tierra.

No había más ornamentación que una serie de estatuas blancas, de un material desconocido, que se alineaban cada diez o doce metros a ambos lados de la amplia estancia, colocadas sobre pedestales de granate que parecían despedir luz propia.

Ante un lugar tan fastuoso, Walter Breman no pudo evitar exclamar:

—¡Esto parece la mansión de los dioses!

No se había dado cuenta aún de la figura que estaba sentada en el trono, al fondo, observándoles, y hacia la que se dirigían.

Cuando Walter Breman la distinguió desde lejos, instintivamente se detuvo. Era un individuo de ojos grandes y relucientes como carbones encendidos, aunque de rostro amarillento y facciones pétreas. Se acercaron al pie de la escalinata y entonces pudo distinguir mejor la cara del Regidor de la Hermandad de los Antiguos. Era un hombre de estatura normal y gestos tranquilos, con voz que sonó algo metálica e impersonal al decir: —Sed bienvenidos, hermanos.

Walter Breman, imitando a sus dos acompañantes, también se inclinó levemente, cuando volvió a oír: —¿Has tenido buen viaje, hermano Walter? Ciertamente estaba como confuso y, a la vez, maravillado. *Pero* deseando seguir siendo fiel a él mismo, el joven policía neoyorquino deseó saber:

—¿Debo ser adulador... o sincero, señor?

—¿«Señor»...? —pareció rechazar el personaje.

—¿Como he de llamaros?

—¿Es usted rey?

—No.

—¿Presidente?

—Creí que te habían informado. Soy el Regidor.

—¿Del Planeta Invisible?

—Más bien... Regidor de la Hermandad de los Antiguos.

—A la cual, por las trazas deberé pertenecer.

—¿Te disgusta eso, hermano?

—Más bien me asombra.

—¿Por qué?

—Yo soy un hombre vulgar y corriente y, por supuesto, me considero totalmente incapaz de vivir diez y quince mil años, como aquel Kulko que me visitó.

Hizo una pausa e incluso manifestó:

—Es más, Regidor... Consideraría una enorme molestia llegar a cumplir tantos años, la verdad.

—Eres suelto de lengua, hermano Walter.

—Sí, creo que sí, Regidor... ¿Le disgusta?

—Digamos que sólo un poco. Aquí no solemos perder mucho el tiempo hablando. Y aún nada me has dicho del viaje.

—Poco puedo contar de él. Aquí, mi amigo Ian ha venido dándome pastillas y casi ni me he enterado. Ciertamente no sé aún si

estoy soñando, o todo esto es una realidad.

—¡Lo es! ¿No lo está viendo ahora?

—Sí, pero aún dudo.

—¿Y qué te parece?

—Un paraíso increíble, Regidor.

—Aquí hay una gran riqueza natural, hermano Walter. Durante muchos siglos, los de la Hermandad hemos trabajado aquí levantando este monasterio, que es en realidad un monumento a todo el saber humano.

—Creo reconocer los rostros de muchas de esas estatuas.

—Es natural, puesto que eres un hombre culto.

—A ver... a ver... Ese representa al Gran Buda... Y ese otro a Confucio, ¿no?

—Así es, hermano Walter... Y ahí tienes a Tales de Mileto, y a Heráclito, Anaxágoras, Pitágoras, Demócrito y...

—¡Un momento! ¿Demócrito, el de la teoría atomista?

—¡Exacto! Ya, cuatrocientos años antes de Cristo, nos hablaba de la composición del átomo.

—Y ahí reconozco a Sócrates, a Platón y Aristóteles.

—Más arriba puedes reconocer los rostros de Séneca, Marco Aurelio y a Pirrón, que aunque fue un escéptico, resultó un gran hombre.

—¡Es asombroso!

—¿Por qué asombroso, hermano Walter? Aquí se rinde culto a todos los grandes sabios. ¡A todos los grandes benefactores de la humanidad!

—Ya veo... Encontraron sitio para el árabe Avicena y Averroes.

—Y para Maimónides, Roger Batón y Santo Tomás de Aquino. ¡Ya los ves ahí!

—¡Buena galería de hombres famosos!

—Fueron famosos, por ser sabios, hermano Walter... Como Descartes, Spinoza o Voltaire.

—¿También para los revolucionarios?

—En su época los llamaron así, por adelantarse con sus pensamientos al sentir general. Pero contribuyeron, ¡y mucho! al progreso de la humanidad.

Como pasando revista a la larga fila de estatuas, el asombrado Walter Breman siguió identificando a Montesquieu, a Rousseau, a

Kant, a Hegel, a Schopenhauer, a Carlyle, a Balmes, a Kierkegaard, a Herbert Spencer, a Tolstoi, a Nietzsche y a otros muchos, perfectamente moldeados en aquellas estatuas pétreas.

Identificó también los rostros de los más grandes inventores, de los músicos más inspirados, de los pintores más depurados, de los escultores más realistas, de los gobernantes más acertados y hasta de los escritores que más habían influido, a través de sus aciertos literarios, sobre el pensamiento humano. Porque allí, entremezclados en un orden que aún no acertaba a comprender, vio los rostros y las figuras de Thomas Alva Edison, el de Marconi, el de Lumiere, así como el de los inspirados Bach, Beethoven, Haydn, y el de Goya, Greco y Rembrandt, junto a los de Fidias, Rodin y Michelangelo Buonaroti.

La voz casi metálica del Regidor se alzó desde su elevado trono, para decir:

—Aquí se esculpen las estatuas de nuestros hermanos más distinguidos, a través de las épocas.

—¿Les rinden culto?

—Sí, en nuestro recuerdo. ¡Porque se lo merecieron!

—Cierto, Regidor. ¡Es un tributo merecido!

—El mundo es grande, la humanidad inmensa. Nosotros sólo elegimos a los privilegiados. El poder y la sabiduría aquí es real y no ficticio, como fuera. Es fuera, donde aseguran detectar la verdad científica, donde está el error. Y contra ellos hemos de luchar a veces, porque de lo contrario, la humanidad no progresaría.

—¡Pero matan! Ahí tiene los casos del profesor John Hendry y de Ian Frasser. Por no hablar del tal Kulko, al que defenestraron desde un edificio, en Nueva York.

—A los dos primeros los tienes ahí, junto a ti. Han muerto para el mundo, pero la Hermandad los ha recuperado.

—¿Cómo es posible devolverle la vida a un muerto?

—Nuestros médicos componen y reparan nuestros cuerpos. Les basta una operación en el cerebro, donde reside la esencia de la Vida.

Tras nueva pausa, añadió:

—John Hendry e Ian Frasser estuvieron a punto de descubrir nuestra existencia. Eso no lo puede consentir la Hermandad, porque ya te hemos dicho que se formaría un gran revuelo. Nos basta con ir

influyendo aquí y allá, pero de una forma secreta. Y en cuanto a Kulko, el hombre que te descubrió nuestro secreto, cometió un error. ¡Tenía que desaparecer!

—¿Cuál fue su error?

—Utilizar su poder en cosas pequeñas. Descendió hasta el extremo de convertirse en tu confidente, para asuntos de robos de joyas y demás. ¡Y esas minucias no nos interesan!

—Fui yo quien acudió a él. De lo que deduzco que soy yo el responsable de su muerte.

—No te sientas responsable. El debió negarte la información que le pediste… Además, nuestro querido Kulko ya había vivido demasiados siglos.

—A mí me dijo que quince mil años.

—Y es cierto.

—¡Me aterran esas cosas!

—Porque aún eres mortal.

—¿Voy a dejar de serlo?

—Eso lo decidiremos en el Cónclave General.

—¿Y si yo quisiera seguir siendo un policía normal y no aceptase vuestro ofrecimiento? —insistió Walter Breman.

—Leo en tu mente, hermano Walter. ¡Te encanta todo esto!

—Bien, no lo niego.

—De todas formas, en el Cónclave General, podrás exponer tus dudas abiertamente. Ahora, puedes retirarte a descansar. Ya nos veremos más tarde.

—Intuyo que no podré elegir. Ya conozco vuestra existencia. De negarme… ¡Seré eliminado!

No consiguió contestación, y la presión de los dedos de Ian Frasser en su brazo, le indicó que debía seguirle.

Lo hizo así.

CAPITULO VII

Walter Breman tuvo que reconocer que jamás había podido disfrutar de un alojamiento parecido, compuesto por una salita de estar, un amplio y cómodo dormitorio muy funcional, increíblemente sencillo y práctico, con cuarto de baño.

En la salita vio una especie de pantalla de televisión que puso en marcha, sorprendiéndose al ver aparecer, en colores naturales, el busto de una hermosa mujer. Una bella muchacha, pero que pensó que podría tener entre veinte... ¡o quizá quince mil años!

De lo que no había duda era de que no había perdido su belleza y lozanía. Y hasta le sonrió insinuantemente.

«Ella también debe estar viéndome», pensó.

Tuvo esa certeza cuando una voz melodiosa que sonaba como campanitas de plata, saludó:

—Buenos días, hermano Walter.

—Buenos días, preciosa.

—Debes llamarme «hermana» Mireyik.

—¿«Hermana»...? Te aseguro que es lo que menos me gustaría.

—¿Por qué, hermano Walter?

—¿No lo adivinas?

Hubo una breve pausa, antes de oírla decir, con un gracejo muy femenino:

—Sí... Creo que sí, hermano Walter.

—Supongo que podré salir de aquí... o tú venir aquí.

—Puedes, hermano Walter... Me han encargado de tu instrucción y orientación. Puedes preguntarme todo cuanto desees. Seré para ti una especie de azafata del conocimiento.

—¡No me tientes, preciosa Mireyik!

—Compruebo que te levantaste de buen humor.

—¡Cierto! Y con muchos apetitos, por cierto.

—¿De comer?

—¡De todo!

—Me haces reír.

—¿Y eso es malo aquí?

—¡Al contrario! Nosotros siempre fomentamos la felicidad.

—Pues si eso es cierto... ¡Ya estás corriendo hacia aquí, encanto!

—Creo más conveniente no ir. Al Regidor no le gustaría.

—¡Claro! El debe tener miles de años.

—No es por eso. Pero tú pronto volverás a Nueva York, donde te espera una linda muchacha: la hija del profesor Hendry.

—Veo que estás bien informada.

—Aquí siempre lo estamos, hermano Walter.

—Bien: creo que en una cosa tienes razón. Amo a Silvie Hendry y creo que, aunque me convirtáis en inmortal… ¡La seguiré queriendo!

—¡Oh, eso es muy bonito! ¡Amor eterno!

—Hablemos de otras cosas. ¿Qué puedo hacer? ¿Me está permitido deambular por vuestro Planeta Invisible?

—No es un sitio invisible. Tú mismo lo puedes ver, hermano Walter.

—Entonces… ¿Por qué lo llamáis así?

—Porque es como si no existiese. Nadie más que nosotros puede llegar aquí.

—¿Por qué estás sola en ese hermoso jardín?

—Es la hora de descanso. Los hermanos están todos recogidos en sus alojamientos. Unos duermen, otros estudian o meditan.

La bella y juvenil Mireyik fue acercándose a través de la gran pantalla, al ofrecer siempre amable y risueña:

—¿Quieres conocer nuestros laboratorios? Podrás hacerlo yendo personalmente a ellos, o sin moverte de ahí. Podría mostrarte toda una filmación.

—¡Oh, me encantaría!

Mireyik sonrió y desapareció de la pantalla. En su lugar surgió una panorámica impresionante, en la que el asombrado Walter Breman recreó la vista. La voz en *off* de la muchacha sonó:

—Ahí al fondo puedes ver el monasterio, construido en el interior de una gran caverna artificial antisísmica, capaz de albergar a una ciudad tan grande como Nueva York. Ahí viven, normalmente, tres mil hermanos. Hay otros tantos dispersos por el mundo, que se comunican con nosotros por medio de la telepatía.

—¿Y no importa la distancia? —quiso saber el asombrado Walter.

—No… No importa la distancia. Cualquiera de los que estamos aquí puede salir o entrar a su voluntad. Lo único que debemos tener en cuenta es la forma de realizar los viajes. ¡Nadie debe seguirnos ni descubrirnos!

Mientras seguía hablándole la voz en *off* de Mireyik, Walter Breman pudo ver una secuencia filmada del extraordinario laboratorio de aquel sitio ignorado para el resto de los mortales. Admiró extrañas máquinas, cuya utilidad le fue explicando la dulce voz femenina:

—Ese es el antigravitón del hermano Rimsky. Produce partículas antigravitacionales que se acumulan en pilas, para ser utilizadas en naves del espacio.

—¿Y dónde fabrican esas naves?

—Aquí… Luego te enseñaré los talleres. ¡Son enormes! Ahora están intentando construir naves de propulsión fotónica, capaces de superar la velocidad de la luz. El hermano Colhound es quien se ocupa de ello.

—¿Colhound… te refieres al famoso físico nuclear que…?

—¡El mismo! Murió para el resto del mundo, pero ahora está aquí, con nosotros.

—¡Asombroso!

—Aquí, la mayoría son técnicos.

—¿Y quién construye, quién realiza los trabajos pesados?

—Nuestras máquinas. «Robots» muy especializados. ¿Es que no conoces la dinámica de la Cibernética? Según esta ciencia, a medida que las máquinas van necesitando de otras más especializadas, las crean.

—Sí, algo oí sobre eso. De cualquier manera, para todo eso se necesitará mucho tiempo.

—¿Y qué es el tiempo?

—Pues para mí, una de las dimensiones más importantes, caray.

—Para nosotros no, hermano Walter. Casi me atrevería a decir que el tiempo, tal como lo conoce la humanidad hasta ahora, no existe.

—¿Cómo que no existe, pequeña?

—Más bien es una falsa invención del hombre, que todo lo quiere medir y reducir a años, meses, semanas, días, horas, minutos, segundos.

—Los relojes marcan el tiempo y nos regimos por ellos.

—El Universo, el Cosmos, no tiene en cuenta eso, hermano Walter. Para las galaxias, las estrellas, los billones de Sistemas Planetarios —por otra parte muy parecidos al del Sol—, el tiempo y

el Espacio es una misma cosa. Se mueven y viajan por esas dimensiones de forma infinita.

—Me desconciertas, Mireyik —confesó Walter.

—Es natural, hermano Walter. A un alumno de primera enseñanza no se le debe hablar del cálculo integral o infinitesimal, porque no lo entendería. Ninguno de los hombres que llegaron aquí por primera vez, comprendieron en las leyes que nosotros nos movemos.

—Desde luego. Mirándome, recreándome en toda tu exuberante y sugestiva belleza, me resulta imposible admitir que puedas tener más de veinte años, de los nuestros, por supuesto.

—Pues tengo muchos... ¡muchísimos más!

—¡No! No me lo digas, por favor... Prefiero imaginarte una linda y tierna muchachita, que está empezando a florecer al amor.

—Tienes ideas obsesivas, hermano Walter.

—Debe ser así, Mireyik... Porque no me gusta nada que me sigas llamando «hermano».

—¿Me deseas?

—¡A rabiar! —confesó Walter, apretando los dientes.

—Entonces... ¡Voy para ahí!

—¡No tardes! —apremió el joven policía.

* * *

Vestido con una clámide plateada, cerrada por el cuello y que le llegaba hasta los pies, Walter Breman avanzó detrás del profesor John Hendry e Ian Frasser, que le precedían.

Estaban en una especie de pasillo que moría en una enorme sala circular con gradas a derecha e izquierda, donde en cómodas butacas se sentaban los miembros más importantes de la Hermandad de los Antiguos, todos, sin excepción, muy serios y cubiertos con largas capas negras.

La bella y sexual Mireyik les había escoltado al gran salón de la Cónclave General y pronto empezaría la ceremonia.

Avanzaron por el centro hasta llegar ante la mesa del Regidor, quien se encontraba sentado en una enorme silla de alto respaldo, con tres escribanos a su derecha y otros tres a su izquierda, todos vestidos con las capas negras.

Sólo el Regidor se diferenciaba de los demás por un collar fantástico de algún metal extraño, blanco y brillante, que le caía sobre el pecho.

Tres banquillos de terciopelo negro aguardaban a los neófitos.

El Regidor les indicó que podían sentarse. Luego, él se levantó con solemnidad y extendió ambas manos al decir:

—John Hendry. ¿Deseas ingresar en la Hermandad de los Antiguos y acatar nuestras reglas y leyes?

El sabio paleontólogo, padre de Silvie, dijo sin vacilar:

—¡Sí, quiero!

El Regidor repitió la misma pregunta a Ian Frasser y obtuvo idéntica respuesta. Por fin, se dirigió a Walter Breman:

—Walter Breman. ¿Deseas ingresar en la Hermandad de les Antiguos y acatar nuestras reglas y leyes?

Con no menos firmeza, Walter Breman manifestó:

—¡Antes quiero conocer esas reglas y leyes!

Se levantó un murmullo general entre todos los asistentes. Parecía de desaprobación y por eso el joven policía neoyorquino añadió:

—Nada puede haber bueno, sin libertad de elección.

Nuevos murmullos, hasta que el Regidor argumentó:

—A veces, hermano Walter… ¡La libertad es peligrosa!

—¡Cierto Regidor! La libertad siempre es peligrosa. ¡Pero es así mismo, la mejor garantía de los hombres!

—Aquí serás libre, hermano Walter.

—Nadie está tan esclavizado, como el que se cree ser libre no siéndolo… Y digo esto, porque la libertad tiene mil encantos que los esclavos, aunque satisfechos, jamás conocen.

—¿Insinúas que aquí estamos satisfechos, pero no somos libres?

—Es libre el que vive según su propia elección. Y yo no puedo ni debo comprometerme con esta Hermandad, sin antes conocer sus reglas y leyes. ¡Insisto!

—Está bien, hermano Walter. Voy a exponer ante este Cónclave General las circunstancias de vuestra presencia aquí.

Hizo una larga pausa, antes de seguir:

—Hermanos, vosotros sabéis quién he sido yo durante los últimos cincuenta años. He vivido en el exterior fingiendo ser un arqueólogo y sin demostrar jamás, ni en mi cátedra ni en mis

investigaciones, ser algo más que eso.

»Me rodeé de amigos y también encontré enemigos.

Tuve simpatizantes y no pocos detractores, porque tal es la condición de los hombres. Pero jamás dejé de cumplir mi deber y mi presencia aquí siempre fue necesaria. Se hizo potente entre todos vosotros, que me elegisteis.

»Yo secundé al más entusiasta teorizante de las civilizaciones anteriores. Y recordaré que se acordó aquí, en la reunión del año terrestre 2.009, revelar al mundo exterior la existencia prehistórica de civilizaciones técnicas, puesto que los hallazgos paleontológicos que se producían en distintas partes del mundo eran innegables.

»Nosotros no ocultamos la verdad al mundo, pero no obstante no podemos aún revelarla en su totalidad, puesto que la condición humana no está todavía preparada para esa verdad. Hablar a los humanos de la sumergida Atlántida, y demostrarles que ha existido de verdad y hay bajo el mar pruebas irrefutables de esa civilización, causaría una gran convulsión... sobre todo cuando se dijera que la Atlántida correspondió a seres venidos a la Tierra de otros mundos, de otros planetas.

»Manifestar lo mismo sobre la elevación de las pirámides en Egipto, causaría lo mismo. Toda la historia de los terrestres se vería conmovida, hasta en sus cimientos. La filosofía y las creencias religiosas de la prehistoria humana caerían como un castillo de naipes. Es preferible, aún, que sigan creyendo en antiguos faraones y en todos esos relatos que se inventaron. Como lo es que las ruinas y ciertos hallazgos arqueológicos encontrados en parte de Centro América, en México, en Palenque, en Yucatán y otros sitios, se crea son realizaciones de los toltecas, los mayas y tantas otras civilizaciones antiguas.

»¿Cómo explicar a los humanos que ya han existido guerras atómicas en la Tierra? Hablarles de que el gran desierto de Sahara antaño fue un inmenso océano, como el de Gobi, sería tanto como pretender explicarle a un niño la cuadratura del círculo. Toda su historia, todos sus estudios, todas sus especulaciones, sistemas filosófico y teológicos se vendrían abajo y sería preciso crear otros.

»Las grandes verdades ciegan, deslumbran, a veces hasta pueden hacer enloquecer, por falta de una comprensión sobre ellas debidamente adecuadas. Al hombre actual, no se le puede dejar

totalmente desnudo de sus creencias y conceptos. Todo eso debe seguir haciéndose de una forma paulatina y adecuada, sin precipitaciones, sin grandes saltos al vacío, que acarrean las grandes convulsiones.

»En otras palabras, hermanos… Para nosotros, la verdadera civilización es el progreso desde una homogeneidad indefinida e incoherente… ¡hacia una definida y coherente heterogeneidad!

Reinó el silencio en el gran hemiciclo, roto por el mismo Regidor que indagó, mirando fijamente al perplejo Walter Breman:

—¿Vas ahora comprendiendo, hermano Walter?

—Sólo en parte… —se limitó a aceptar el joven.

—Lo que sí te podemos asegurar es que, hasta ahora, nuestra silenciosa labor ha sido fecunda y altamente beneficiosa. Hemos impedido otra guerra nuclear, que habría sido catastrófica para el planeta Tierra. ¡Somos los verdaderos conservadores del saber y de la ciencia!

»Pero la ciencia exterior, que negó a tantos hombres sabios, incluyendo al profesor John Hendry, el resultado lento y seguro de sus investigaciones, aún no está preparada debidamente. Por eso nosotros le hicimos desaparecer de entre los vivos, adormeciendo su corazón para que le dieran por muerto. Él está ahora entre nosotros y da fe y testimonio de esa verdad. Con él, también está Ian Frasser, porque también llegó a tener en sus manos las tablillas de Tset, donde hay mensajes que aún no deben ser traducidos por los hombres. Y estás tú, hermano Walter, porque te empeñaste en una investigación sobre el caso que no nos interesaban.

»Yo propongo que ingreses en nuestra Hermandad y que vuelvas inmediatamente a Nueva York, donde te irás formando poco a poco, te casarás con la hija del profesor Hendry y vivirás tu vida normal, hasta conseguir un elevado puesto político en la administración de tu país.

«Necesitamos que sea así. Los Estados Unidos de América son un país preponderantemente industrial, vigoroso y técnico, que habrá de tener un papel importante en el futuro de la humanidad.

«Nosotros queremos que el hermano Walter Breman, en estos momentos cruciales que habrá que vivir, llegue a regir los destinos de su país. Lo necesitamos y será así. Y el que se oponga sólo tiene que alzar la mano y exponer sus alegatos.

Nueva pausa, antes de concluir:

—¿Alguien tiene algo que objetar?

Walter Breman descubrió varias manos alzadas en aquel hemiciclo y alguien contó:

—Una... Dos... Tres... ¡Cinco en total!

—Habla, hermano Ulkil —consintió el Regidor, dirigiéndose a uno de ellos.

—Sólo lo siguiente, Regidor... ¿Por qué se ha elegido esta vez a un hombre joven y no a un iniciado, para que con el tiempo ocupe el puesto de Presidente de esa importante nación?

—Escucha, hermano Ulkil. Nosotros, poseedores de la Verdad Absoluta, queremos también la honradez. El historial del hermano Walter Breman está limpio. Ha sido y seguirá siendo un funcionario leal y honrado. Es tenaz, hasta llegar a la obstinación de intentar proseguir unas investigaciones que nos perjudicaban. Aquí mismo ha expuesto sus conceptos sobre la libertad, la elección del hombre.

—Bien, pero... ¿será capaz en su día de desempeñar ese alto cargo?

—La Hermandad le ayudará. ¡Todos nosotros influiremos para capacitarle!

Otro de los objetantes manifestó:

—Yo no me preocupo por el destino del hermano Walter Breman. Con nuestra ayuda, será capaz de cubrir ese puesto y otros más. Me inquieta, sin embargo, su innata rebeldía, su propensión a obrar por él mismo.

—Si acata nuestras reglas y leyes, las obedecerá.

—¡Nunca haré nada contra mi conciencia! —manifestó a su vez Walter Breman.

—Ni te pediremos nada que no sea para un bien general —replicó el Regidor.

También se debatió la admisión de John Hendry e Ian Frasser, y tras el juramento de los tres neófitos, el Regidor volvió a decir:

—Gracias a todos, hermanos. Dad, pues, vuestra bienvenida a los tres nuevos hermanos.

Un aplauso general en todo el hemiciclo fue la calurosa bienvenida, para al poco empezar a desfilar todos ante los tres, estrechándoles las manos. Walter Breman acabó con los dedos casi envarados de tantas manos como asieron a la suya.

Después, todos fueron saliendo lentamente.

CAPITULO VIII

Horas después, Walter Breman se encontraba en el gabinete del Regidor, recibiendo instrucciones de carácter general, que el joven policía escuchó con sumo interés.

Al poco le llevó a una terraza que parecía iluminada por un sol artificial, donde se sentaron en cómodas butacas.

—¿Cómo te sientes, hermano Walter?

—No sé, Regidor... Noto algo extraño, muy raro en mí.

—¿Inquietud?

—¡Sí! Algo así.

—¿Inseguridad?

—¡También!

—Es natural, hermano... Inconscientemente, sientes que tu responsabilidad va a ser mucha. Desde ahora poseerás unos poderes que no son comunes en la inmensa mayoría de los hombres. Pero para eso voy a darte un buen consejo.

—Dígame, Regidor.

—Cada mañana, cuando te levantes, antes de la ducha deberás decirte a ti mismo una especie de oración.

—¿Se refiere a rezar?

—No... No hablo de eso. Me refiero a lo que debes prometerte a ti mismo.

—¿Y es...?

—Deberás decir esto: «He de portarme siempre, como si la mayoría de mis actos tuviese que servir de ley universal.»

—¡Caray! Algo fuerte. ¿No le parece?

—No, si se tiene en cuenta de que la vida humana, la vida terrestre, más que un placer... ¡Es un deber!

—Comprendo.

—El vivir para la colectividad, es un buen fin, hermano Walter. Llegará el día en el que la raza humana se sentirá como una inmensa familia.

—Pues ahora, es una «familia» que se lleva bastante mal.

—Pero no es porque el hombre sea malo, por naturaleza, como dicen muchas religiones que han pretendido explicarlo todo ... ¡muy a su manera!

—¿Entonces...?

—Es que la raza humana ha enfermado en la Tierra.

—No comprendo.

—Es sencillo... Durante miles y miles de años, después de esa guerra atómica de la que ya te hablé, el planeta Tierra quedó desolado. La Vida casi se extinguió por completo y, forzosamente, la evolución tuvo que volver a empezar, lenta, muy lentamente. El globo terráqueo quedó envuelto en vapores y en una atmósfera enrarecida, donde sólo la fuerza era capaz de abrirse camino para subsistir.

—Comprendo ahora: es lo que se dio en llamar el instinto de la conservación.

—Ese instinto es propio de la vida y lo tienen todas las especies. Pero en los primates se acentuó tanto, que empezaron a recelar hasta de sus congéneres y por eso se atacaban hasta la muerte unos a otros.

—Tribus rivales, ¿no?

—Tribus, luego pueblos, naciones, países, reinos, imperios, continentes... Olvidando que la humanidad tiene otros enemigos naturales.

—¿Se refiere a los habitantes de otros mundos, de otros planetas?

—¡Exacto! Contra eso sí que es lícita la lucha, porque es defender al planeta de peligros exteriores, que aún la Tierra desconoce.

»En lo que nosotros llamamos las civilizaciones anteriores, los terrícolas ya sostuvieron cruentas y terribles guerras con seres de otros mundos. Y ese peligro no ha desaparecido. Nosotros sabemos que volverán y tendremos que volver a luchar.

—Habrá que prepararse —opinó Walter Breman, siempre como hombre práctico.

—Esa será parte de tu labor, hermano Walter.

—¿Mi labor?

—Sí... La inmensa soberbia de muchos, les impide ver más allá de sus narices. Resulta absurdo no querer admitir que existe vida civilizada e inteligente en la mayor parte de las infinitas galaxias del Universo. Y como es así, volverán a visitarnos.

—¿Pero de verdad existen esos otros mundos?

—La mayoría de los astrónomos inteligentes admiten que el Universo no conoce límite alguno, ni en el espacio ni en el tiempo. Más allá de la metagalaxia, a la que pertenecen todos los sistemas

galácticos que hasta ahora conocemos, tienen, necesariamente, que existir otros mundos.

»La metagalaxia consta de hipergalaxias, o sea de grupos de sistemas galácticos. Nuestro sistema galáctico cuenta con dos «satélites»: la gran nebulosa de Magallanes, distante 38.000 parseks de nosotros —1 parsek equivale a 3,26 años luz—, y la pequeña nebulosa de Magallanes, a 36.000 parseks de distancia. La nebulosa de Andrómeda es un sistema compuesto de cinco galaxias. Por lo general hay «puentes» de estrellas entre las galaxias que constituyen un grupo.

Hizo una pausa para mayor comprensión del joven, antes de añadir:

—Por decirlo así, los grupos de galaxias están «enhebradas» en un eje formado por estrellas. Tales hipergalaxias pueden tener una magnitud increíblemente gigantesca: la constelación de Virgo consta de 3.000 galaxias, los cabellos de Berenice están formados por 10.000 galaxias. Las supergalaxias tienen un diámetro de 30 a 40 megaparseks. No conocemos el número exacto de supergalaxias cuyo conjunto constituya la meta— galaxia. Y, sin embargo, la metagalaxia es sólo una pequeña facción del Universo infinito, de un Universo que existe desde la eternidad y que existirá eternamente.

»Resulta fácil comprender que el espíritu humano haya de realizar grandes esfuerzos para entrever la gigantesca ordenación de un Universo tan grandioso, desconocido en parte; pero cuya parte conocida nos resulta enormemente complicada.

—¡Y tanto que es grandiosa y complicada!

—Comoquiera que el Universo es infinito, no puede expandirse ni experimentar contracciones, como muchos corren erróneamente. Únicamente es la metagalaxia la que se ensancha. Con toda probabilidad se formó hace diez mil millones de años, a causa de la explosión de una nube de protomateria, fenómeno que, según se va admitiendo ya hoy, dio origen simultáneamente a la formación de otra metagalaxia constituida por antimateria.

»Vivimos en una parte del Universo que se halla en estado de expansión, la contracción tiene lugar en otras regiones. En mi opinión, la contracción existente en las otras regiones del Universo tiene por consecuencia una inversión del tiempo.

»Muchos cosmogonistas —Thomas Gold entre ellos—, sostienen

la opinión de que la vida es eterna, como lo es la materia, y que la vida es propagada de unos sistemas solares a otros por seres vivientes que utilizan naves interestelares.

—También lo creo y algún día se demostrará.

—Es ésta una hipótesis muy audaz, hermano Walter. Pero la mayoría de los investigadores modernos, a pesar de rechazar aún tal teoría conceden, no obstante, que en muchos puntos del Universo pueden haber surgido formas de vida altamente organizadas que pueden influir en la Naturaleza mucho más de lo que nosotros podemos observar en la Tierra. Creen que, sólo en nuestra galaxia, el número de planetas habitados asciende a mil millones.

—¿Mil millones? —repitió Walter Breman.

—¡Y creo haberme quedado corto! Estos planetas giran, naturalmente, alrededor de soles y su antigüedad es distinta. El astrónomo norteamericano Alian Sandage afirma que muchos de estos planetas quizás habitados pueden alcanzar antigüedades de hasta veintiocho mil millones de años.

—¡Qué barbaridad!

—Probablemente la Tierra no tenga más de cuatro mil millones de años de antigüedad, remontándose los orígenes de la vida en la Tierra a unos dos mil millones de años.

—También es bastante antigua. ¿No cree?

—Si en un planeta de veintiocho mil millones de años de antigüedad ha comenzado la vida también a desarrollarse a partir de los dos mil millones de años de la formación del planeta, la vida ha podido perfeccionarse en los veintiséis mil millones restantes, trece veces el tiempo del que ha dispuesto la vida para evolucionar en la Tierra.

—Ese es un cálculo matemático.

—Entonces la pregunta es. ¿A qué grado de desarrollo puede haber llegado la vida en tal planeta?

—Quizá lo sepamos algún día, cuando recibamos visitas procedentes del Cosmos.

—Este sencillo ejemplo nos demuestra que la cuestión del origen de los astros no reviste un interés meramente académico.

—¡Por supuesto!

—La astronomía tradicional nos enseña que las estrellas se forman mediante condensación de materia estelar pulverulenta.

Hace unos años, el astrónomo ruso V. A. Ambartsumian, nos dijo que era contrario a esta teoría; en opinión suya, las estrellas surgen a partir de protoestrellas increíblemente densas que están constituidas no de materia o antimateria, sino de protomateria. Esa protomateria estalla u origina la aparición de un grupo de estrellas. La protomateria tiene una densidad increíble, correspondiente, poco más o menos, a la de un núcleo atómico. Estas protoestrellas no admiten irradiaciones y no se pueden detectar mediante telescopios; pero los resultados de sus explosiones se hacen visibles en forma de nuevos grupos de estrellas rodeados de niebla.

»Ambartsumian descubrió la existencia de tales amontonamientos de estrellas, particularmente en la constelación de Perseo, donde se forman supernovas.

También descubrió en otras regiones celestes agrupaciones de estrellas que no han alcanzado todavía los cien mil años de antigüedad.

—Me temo que no soy muy ducho en tales materias, Regidor.

—No importa, por el momento. Ya te ayudaremos también a estudiar.

—Pero si voy a seguir siendo policía en Nueva York.

—Todo hombre, ocupe el puesto que ocupe, debe mirar hacia el futuro. La civilización es un proceso dinámico de la eterna lucha entre el pasado y el futuro. Cuando las nuevas ideas ganan vigor e ímpetu, las antiguas deben desecharse.

»En el pasado, cuando fueron rotas las barreras de la incomprensión, la humanidad avanzó. La consciencia de la humanidad se expande a medida que cada descubrimiento va revelando que el Universo es más grande y viejo de lo que se había pensado.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso, Regidor.

—Las revelaciones científicas desde Copérnico hasta Darwin han señalado el verdadero puesto del hombre en el concepto tiempo—espacio. Ya no es el hombre el «señor de la Tierra» en un planeta estacionario en torno al cual se mueve el Sol y todas las estrellas. Y lo que es más, ha dejado de ser la única criatura dotada de inteligencia.

—Llegar a admitir eso costó muchos siglos.

—En el fondo, Copérnico resucitó las opiniones de Anaximandro

y Aristarco de que la Tierra es un planeta orbitando alrededor del Sol. Este descubrimiento desplazó a la Tierra del centro de la Creación y, naturalmente, socavó el antropocentrismo.

—Como dijo antes, la soberbia y la ceguera de muchos hombres hacían de la Tierra el centro del Universo.

—Y hasta mezclaron a Dios en eso.

—Sí; se quemaba a los que se atrevían a decir que era la Tierra la que daba vueltas en tomo al Sol.

—Y medio siglo después de Copérnico, Giordano Bruno declaraba que había una multitud de mundos habitados. Fue emplazado por la Santa Inquisición y acusado de herejía. Antes de ser ejecutado en Roma, en el año 1600, declaró valientemente: «Acaso quienes pronuncian mi sentencia lo hacen con más temor que yo la recibo.»

—Desgraciadamente, muchos como él fueron sacrificados.

—Después de estudiar las obras de Lucrecio y otros autores clásicos que habían propuesto puntos de vista sobre la evolución, el inglés Charles Darwin decidió ensayar y desarrollar las ideas de aquéllos. Su histórico viaje (1831—1836) a bordo del *Beagle* a las islas Galápagos le proporcionaría pruebas para demostrar que todos los organismos vivientes procedían, por vía evolutiva, de unas pocas formas rudimentarias. Su mayor conquista fue la presentación de una progresión lógica en la cual se demostraba que las formas vivas se perfeccionan con el tiempo.

—También fue de los que tuvo que luchar mucho.

—La ideología entonces dominante se sintió enojada con este escandaloso resurgimiento de la filosofía agnóstica de los antiguos griegos. El obispo Wilberforce lanzó anatemas contra Huxley, quien, en Oxford, defendió el darwinismo en 1870. Durante una conferencia sobre la evolución sufrió un desmayo la esposa del científico Favid Brewater; tan escandalizada quedó la ignorante señora al oír tales declaraciones, acerca del bajo origen de la mujer… ¡que tan «vergonzosamente unida estaba a los animales»!

—Por fortuna, todo eso se ha superado.

—¡Cierto! Pero este destronamiento del «señor de la Tierra» en el siglo *IX* contribuyó bastante a destruir el error de que el hombre es independiente de la Naturaleza. Cuando Albert Einstein propuso un nuevo modelo para el viejo Universo, demostrando que cada sistema

de referencia tiene su propio tiempo, quedó probado que el concepto espacio—tiempo dependía enteramente del observador. Pero aun así, este importante descubrimiento era una repetición, a escala cósmica, del reto de Copérnico contra el geocentrismo. ¡Tres siglos de oscurecimiento intelectual!

—Creo que ahora, ¡por fin!, somos capaces de ver nuestra auténtica posición en el Universo.

—No todos opinan así, hermano Walter. Por eso nuestra labor es inmensa. Al hombre de nuestro tiempo hay que hacerle comprender que él no puede existir sin la Naturaleza, pero que la Naturaleza puede existir muy bien sin él.

—También se empieza a ver eso claro.

—No tanto, hermano Walter. Sabes muy bien que en el transcurso de dos siglos la humanidad ha envenenado la atmósfera, los ríos, lagos y hasta pequeños mares u océanos. Y ha destruido brutalmente la vida animal y vegetal, en su desmesurada y egoísta búsqueda de alimentos, pieles y combustible. No pocas especies de la Tierra están en vías de extinción como consecuencia de la matanza de unas criaturas que tienen igual derecho evolutivo que el hombre, para continuar su desarrollo.

»Y lo que es más; el desequilibrio del ciclo ecológico está poniendo en peligro incluso al propio hombre.

—Cierto; el hombre es la única criatura de la Tierra que destruye a su misma especie a escala masiva.

—A ese respecto te recordaré que en los conflictos armados habidos durante las siete décadas del siglo XX, encontraron la muerte 56 millones de personal civil y 37 millones de soldados. El número de heridos, incapacitados y psicológicamente desquiciados es muchas veces mayor.

»La Filosofía, la Religión y la Ética resultan carentes de significados e inútiles si ignoran la verdad básica de que el hombre es un fragmento viviente de un Universo compuesto de muchísimas formas. La Ciencia ha probado ya que cualquier ideología dualista tendente a separar al hombre de la Naturaleza, a lo animado de lo inanimado, a la materia del espíritu, es autoengañosa y nefasta. La existencia del hombre sobre la Tierra se torna plena de significado al ser considerada frente al trasfondo de su larga evolución. Tampoco es aquél el producto final de ésta.

»Sería oportuno analizar la situación del hombre con respecto a otras civilizaciones galácticas y las consecuencias de su fusión con distintas culturas cósmicas. Para el individuo medio, preocupado por las cotidianas actividades de la Tierra, parece falta de realidad la idea de cualquier contacto entre los mundos del espacio. Esta persona puede quedar muy asombrada al enterarse de que las perspectivas acerca de tales contactos son ya suficientemente reales, tanto para los científicos como para las agencias gubernamentales, teniendo en cuenta que ha sido ya establecido el Derecho Espacial, a escala internacional.

Durante algunos minutos el personaje dejó de hablar y Walter Breman respetó su silencio, hasta que le escuchó rematar:

—He intentado iluminar tu mente lo más posible, hermano Walter. Hablando de todas estas cosas habrás comprendido lo que la Hermandad pretende de ti.

—Sí, creo haber entendido.

—Ahora volverás a Nueva York y todo continuará como antes. Sabrás quién eres y lo que deseas conseguir. Si guardas nuestro secreto llegarás muy lejos. Está todo previsto y nosotros necesitamos que seas de aquí a unos años el presidente de los Estados Unidos de América.

Walter Breman sonrió divertido.

—¿Y qué pasará con mi vida particular? —se atrevió a preguntar.

—Tu vida es tuya. Lo que tú tendrás que hacer se lo proponen también muchos hombres. La diferencia entre ellos y tú es que, con nuestra ayuda, tú lograrás los propósitos y ellos no.

—La Hermandad… ¿no se equivoca nunca?

—Casi… ¡nunca!

—¿Cuándo regreso?

—Esta misma tarde. No puedes faltar mucho más. Tus jefes te esperan y nadie debe saber que estuviste aquí. ¡Será tu gran secreto!

—Realmente, a nadie me atrevería a decirle que he estado en el Planeta Invisible.

—Debo decírtelo ahora, hermano Walter. No has salido de la Tierra.

—¿Có… cómo?

—Lo que pasa es que a este retiro lo llamamos así, porque nadie debe verlo. ¡Ni a ti mismo te diremos dónde está!

—Bueno… Calculo que en alguna zona boscosa y muy retirada de Brasil, ¿no?

Pero nadie le confirmó si había acertado.

CAPITULO IX

Walter Breman regresó a Nueva York, de la misma forma que le habían llevado... ¡no sabía dónde!

Desde luego se había quitado un gran peso de encima; el Planeta Invisible realmente no existía.

Sólo era un nombre.

Nada más llegar a su casa, se dio una buena ducha, se desvistió y se metió en la cama.

Por la mañana, se despertó descansado y hasta eufórico. Hizo sus ejercicios, volvió a ducharse y luego bajó al restaurante a desayunar y a leer el periódico, como solía hacer casi siempre.

También llamó a Silvie y hablaron de su viaje a México, a la región de Palenque, terminando por solicitar:

—¿Puedo verte ahora mismo, cariño?

—¡Por mí, encantada! ¿Qué te parece si comemos juntos en Ranch?

—De acuerdo: reservaré una mesa. El gerente es amigo mío. ¿Te parece bien a las doce?

—Sí, mi amor.

—¡Te quiero, Silvie!

—¡Y yo a ti!

Nada más colgar fue en busca del coche al garaje. Se sorprendió a él mismo al verse allí, sentado y con las llaves en la mano, como tantas otras veces.

¿Es que nada iba a cambiar en su vida?

Cuando llegó al departamento se encontró con el inevitable sargento Roger Wymark, que le dijo:

—Hola, Walter. ¿Sabes que he soñado contigo? —¡No me digas!

—Sí, he soñado que te ascendían a capitán.

—¿Cómo dices?

—Lo dicen ellos, los jefazos. ¡Que vales mucho! Y además vas a ser un hombre rico.

—¿Yooo...?

—¡Sí, hombre, sí! La Insurance Maddox ha comunicado que te recompensarán con cien mil dólares.

—¿Por qué, Roger?

—Por el asunto de las joyas de Braque.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos telefonearon anoche. ¿Qué me vas a regalar, Walter?

—Unos tirantes.

—¡Bah! Ya tengo.

—¡Pero invitaré a todo el grupo a mi boda!

—¿Te casas?

—Espero que Silvie Hendry me acepte.

—¡Estupendo! Ya te veo dentro de poco dejando el cuerpo de policía.

—Eso no lo verán tus ojos, Roger.

—¿Y por qué no? Silvie Hendry es una rica heredera, chico.

—¡Ah, pues no lo sabía!

—No me lo creo. Le echaste el ojo y...

—¡Palabra! Siempre creí que su padre, el profesor

Hendry era un simple paleontólogo, con mucha ciencia en la cabeza, pero con poco dinero.

—Pues ahora resulta que sus cuentas corrientes... ¡están muy «hinchadas»!

—Hablaré con Silvie de todo eso. Creo que ella tampoco sabía que su padre era tan rico.

—Eres un tipo con suerte, Walter. ¡Y me alegro!

* * *

Y el tiempo siguió pasando...

Las pantallas de casi todo el mundo enfocaron a una joven madre, cansada por el esfuerzo de la campaña publicitaria, en la que tanto había trabajado a favor de su marido.

Allí estaba Silvie Hendry, con la pequeña Mirelyk en sus brazos, junto a Walter Breman, muy serio y también fatigado, con el cuello flojo, suelta la corbata y guiñando los ojos ante los focos.

Un ya maduro Walter Breman que tomó la palabra i para decir:

—Amigos míos, permitirme que os presente a mi familia. Es lo que más quiero, además de vuestro apoyo

y amistad.

»Ellos y vosotros me han pedido que haga todo esto por mi país y estoy dispuesto a cumplir con mi sagrado deber. Desde ahora, considerad al presidente de los Estados Unidos como al padre de

todos.

En medio de los focos de luz, de miles de destellos, de gritos, del paroxismo más delirante, de cámaras de televisión, megáfonos, aullidos y agentes secretos que pugnaban con la multitud, Walter Breman ahora sonreía.

Atrás quedaban sus ascensos, sus aciertos como excelente policía, la alcaldía de Nueva York, los tiempos de diputados, de senador y toda la lucha sostenida.

Y cuando horas más tarde se refugió en el despacho desde el cual tendría que dirigir a muchos millones de seres humanos, entre las muchas visitas que su secretario particular tuvo que rechazar, recibió una que no le sorprendió.

Se trataba de David Brion, el otro candidato a la presidencia que había perdido las elecciones.

—Vengo a felicitarte, Walter.

—Agradezco tu nobleza, David.

—¿Nobleza? —le replicó entre divertido y extrañado el perdedor —. Más bien agradéceselo al Regidor. ¡La Hermandad me pidió que perdiese las elecciones! ¡Tú eres el elegido, Walter!

—¿Có... cómo dices, David?

—¡Vamos, vamos, amigo! Estamos solos... ¡Conmigo te puedes confiar!

Los dos se abrazaron estrechamente, hasta que agitando su dedo índice David Brion recordó, entre sonriente y severo:

—Y recuerda lo prometido, hermano.

—Sí, David. La máxime que me dijo el Regidor: «He de portarme siempre, como si la norma de la conducta de mis actos tuviese que servir de ley universal...»

—¡Lo cumplirás, hermano Walter!

FIN